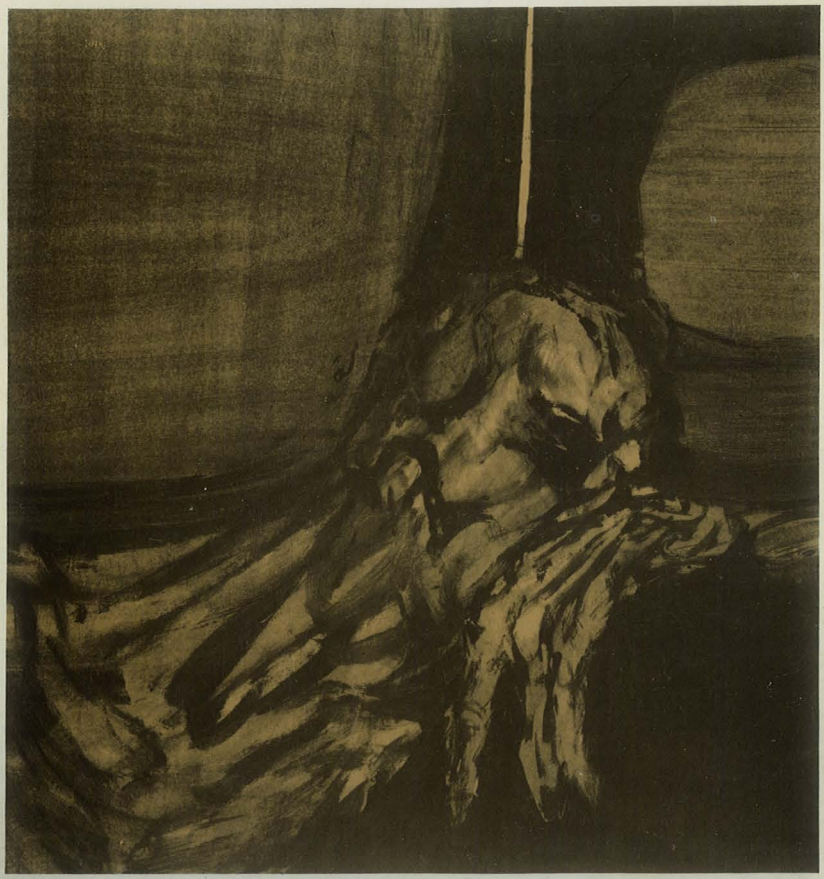
RAFAEL AZUAR

MODORRA

Premio Café Gijón



MODORRA

RAFAEL AZUAR

MODORRA

Premio Café Gijón 1967

ALICANTE
1970

Edición de 500 ejemplares
Portada de JOSE DIAZ AZORIN

© Propiedad del autor

Este libro ha sido editado
con ayuda del Instituto de Estudios Alicantinos

DEPOSITO LEGAL A 263 - 1970 GRAF. DIAZ - ALICANTE

I

He aquí la anea o espadaña, que crece en la orilla de los ríos. Esta es la anea que sirve para arreglar los asientos desfondados de las sillas. Una cosa que, al parecer, no tiene valor alguno y que, sin embargo, cuesta sus buenas pesetas. Este fajo de anea amarillenta y blanda, tendido en el suelo, ha costado al gitano cincuenta pesetas. Y todavía hay otra clase de anea, llamada junquilla, más estimable y cara.

El viejo gitano, menudo, cenceño, chupado de rostro, de ojos fríos y sin pestañas, consume sus horas trabajando en el suelo —una pierna estirada y otra recogida, debajo de la silla rota. Mientras con una mano sujeta la parte de asiento tejido, con la otra va tomando de un saco una cinta de anea húmeda, que trenza con el cabo suelto, para así continuar la compostura.

La sombra del olmo es placentera y ancha. De vez en cuando, suena un alto rumor en las múltiples hojas, que se extiende, cual un leve crepitar de la brisa, en toda la mañana. Cerca de allí pasa una vena de agua transparente, silenciosa, buena para saciar la sed. A sus espaldas

hay un huerto de maíz, un rodal de alfalfa, un trozo de tierra labrada y removida.

A unos pasos del hombre se ve, acurrucada, una anciana cubierta de andrajos, de rostro terroso y pelo cano y desgreñado. Con manos sarmentosas y tenues, va abriendo un cesto y sacando de él cortezones de pan, papeles mugrientos de los más diversos untos, un plato con resto de comida. Coge un trozo de pan y lo pasa por el plato, rebañándolo, y luego se lo lleva al vacío de su boca, cuidando de recoger medio garbanzo que le cae.

El gitano sigue tejiendo la anea. Los años han pasado por su rostro, llenándolo de visajes y arrugas. Días y días interminables se han deslizado entre sus dedos, con paz y con saliva, con pan o sin él, con salud o dolor. El pueblecillo está allí enfrente, al doblar la carretera, pasados los altos de rastrojo: casitas y casitas blancas, polvorientas, con la cúpula de la iglesia arriba, sobre el fondo azulado de la sierra.

Con otras mujeres, porque ésta es ya la cuarta y apenas le vale para recortar con unas tijeras las guías sueltas del trenzado y recoger unos sobrajos de comida, demandándolos como limosna en alguna que otra casa, el viejo gitano ha pasado ya cientos de veces por este pueblecillo. La gente le conoce y algunos hombres le saludan, incluso algún gañán ignorante le dirige una chanza; pero el gitano es escamón y poco de fiar y no recibe bien ninguna clase de broma.

El tejedor de anea es serio, grave e industrioso, y ha sufrido en su carne tantas veces la mordedura del hambre y de la muerte que ya se siente extrañamente solo y como distanciado de las cosas.

II

A la salida del pueblo, hacia los llanos de vides y frutales, hay un lugar espacioso y tranquilo, donde mejor puede uno gozar de la sombra. Grandes olmos y viejas acacias lo cubren, velando con sus ramas la luz cegadora del sol. Ningún otro lugar más umbrío y fresco y regalado del aire.

Allí están los abrevaderos y una enorme balsa de agua rizada por el viento. Caen en ella algunas hojas secas de los olmos, que una corriente oculta arrastra hasta un rincón, donde se juntan a una masa flotante de légamo verdoso y amarillento, en el que las pequeñas ranas saltan y saltan, hasta penetrar en la transparencia del agua. Alguna rana asoma entre el légamo su cabezota pensativa, en la que destacan sus ojuelos saltones y permanece allí quieta. Por el fondo del agua se ven nadar los renacuajos, con su cuerpo redondo y su vibrátil cola de gasa. Las golondrinas vuelan y vuelan sobre la superficie de la balsa, describiendo callados giros; de vez en vez, descienden hasta el mismo ras del agua y toman con su pico una larva.

Cerca de allí pasa la carretera, por la que se entra al pueblo. La carretera, asfaltada, tiene en ambas orillas lucientes moreras y otros árboles de sombra. Ahora, en el verano, no es raro ver llegar un coche desconocido. Pasan también algunas mujeres camino del lavadero.

Sentados en un pequeño muro de piedra, platican los viejos. Lo hacen con cierta dificultad, porque el que no está sordo está ciego o a punto de serlo, de modo que muchos de sus gestos y palabras se pierden en la nada. Todos ellos son de avanzada edad, vencidos por el tiempo y los achaques, inútiles ya para cualquier clase de trabajo. Tienen las manos nudosas y secas, los rostros enjutos, las bocas hacia dentro y helgadas. Son los desechos del pueblo, los restos de una generación que yace, en su mayoría, bajo las cruces del cementerio. Todas las cosas están dichas entre ellos, pero las repiten una y otra vez, como si acabaran de pensarlas o vivirlas. A jirones, gota a gota, sus existencias se extinguen llenas de monotonía. Todo lo han vivido, lo bueno y lo malo y de buena gana volverían a vivirlo. Escuchan el rumor de los árboles, miran la poca luz del cielo, conversan y ríen entre ellos, como en otros tiempos.

—Tenía una prima— dice el viejo Tonono, dando con su bastón en el suelo — que me quería mucho y venía a buscarme, para irnos de paseo. Ibamos así, del bracete. . . Le gustaba mucho bailar conmigo en las fiestas. Tenía conmigo mucha confianza. Yo le decía: "Prima, pero *eso,* ¿es de veras? . . ." Y ella me contestaba: "Toca, toca y verás, primo. . ."

Los ancianos que ya no pueden trabajar, que apenas pueden comer, que apenas pueden andar, que apenas pue-

den oir y ver, recuerdan, sobre todo, sus lances amorosos, sus días de juventud.

–Paraba siempre yo– dice otro– en una posada de Novelda. Allí trabajaba una moza muy seria. A mí me gustaba y ya la había mirado dos o tres veces, aunque sin decirle nada. Ella también se fijó en mí. Un día, apenas llegué, estaba en la cuadra, desaparejando el mulo, cuando se me acerca la dueña de la posada y se pone a hablarme de la chica. Me dijo que un novio que tenía "se lo hizo" y que luego la dejó y que, desde entonces, la muchacha tomó odio a todos los hombres y que ya nunca fue con ninguno. Me dijo también que era muy buena chica y que había notado que yo la miraba, al parecer, con gusto y que si estaría dispuesto a casarme con ella. Así, de pronto, yo le dije que sí y la dueña de la posada se encargó de arreglar los trámites, de modo que "empecemos" a festejar. Cada vez que iba a Novelda me lo pasaba muy bien, pero en una ocasión eran tres días seguidos de fiesta y yo me fui con mi ropa nueva para divertirme con la chica.

"Cuando entré en su cuarto, me tiró un plato a la cabeza y empezó a decirme: " ¿Qué te has figurado, sinvergüenza? " La moza se había enterado por uno de mi pueblo que aquellos días comía en la posada y que me conocía. Hablando, hablando, le preguntó por mí y se enteró de que era casado y con tres hijos. . . La chica se puso furiosa y por poco me mata, de modo que tuve que venirme de vacío. Lo que es la casualidad, si no llega a encontrarse con aquel vecino de mi pueblo. . ."

Sin darle la menor importancia a nada, los viejos cuentan sus andanzas y quiebros de los años mozos. Un vejete llamado Camilo, que lleva gafas y no conserva ni

una sola pieza en las encías, mueve su boca blanda y huera y dice:

—Yo estuve liado con una mujer cerca de dos meses. Pero cuando me enteré que la llamaban "María la de Tots", la dejé y me vine. . .

—¡Hombre, eso sí que no lo sabía!

Todos se extrañan de que este vejete, en sus buenos tiempos, tuviese tal aventura. Por lo visto siempre fue un hombrecillo apocado y tímido, que ni siquiera asomaba por los bares.

Cuando cuenta un chiste, este Camilo suele decir:

— Esto que voy a contar es un chiste, dicen que es un chiste, pero pudo haber ocurrido.

Y Tomás, el viejo cazador, corrobora:

—¡Quién sabe! Sí, pudo haber ocurrido. . .

Los viejos siguen conversando y riendo de todas estas cosas. Tonono asegura que él siempre consiguió a las mujeres por "la labia" y que, sin embargo, el viejo Tomás sólo pudo hacerlo a fuerza de billetes. Discuten los dos y continúan las risas.

El rumor del viento en las hojas suena a mar, a vastedad, a tiempo continuo, a tiempo que pasa y siempre es el mismo. Los viejos cuentan entretenidas historias, mezcladas con chistes y chilindrinas, que son —o pudieron ser, en opinión del pícaro Camilo— fragmentos de sus propias vidas. . . De tarde en tarde, una hoja seca cae y se desliza hasta el agua.

III

Es la hora del mediodía. En el bar-posada, que hay a la entrada del pueblo, sólo se hallan tres o cuatro hombres. Un ligero viento mueve los hilos de la cortina de plástico. Fuera, ciega los ojos la lumbrarada del sol.

Estos pocos hombres se han refugiado en el bar huyendo del bochorno del día. Un polvo blanquecino vuela sobre las piedras del campo, sobre los caminos ardientes. Allí dentro, en la penumbra del bar, se nota a veces la delgada frescura del aire.

Eusebio, el arriero, tiene los brazos tendidos sobre una mesita de mármol y, sobre ellos, reposa la cabeza. En realidad, no duerme, pero se siente acabado y deshecho. Estuvo toda la mañana cargando piedra al camión y ya no puede más con sus riñones. La piedra viva molesta en los campos; apenas deja pasar la reja del aladre. El olivar, la viña, sus pocos almendros, todo lo tiene lleno de esta piedra menuda y blanca. Bastante favor le hacen los hombres del camión con llevársela, sin pagarle un solo céntimo. Si él se negara, cuántos y cuántos no se ofrecerían para que se les llevaran la piedra. Sin embargo, él sabe

que esta piedra viva tiene un valor; a los hombres que, junto a él, ayudaron a cargarla, les dieron un jornal de treinta duros; más de novecientas pesetas se ganó el José vendiéndola al constructor de obras. Pero la piedra viva es la perdición de los sembrados. Quema con el sol, muele los pies, mella los filos de la azada y de la falce, relumbra ante los ojos con tanta blancura como el hueso. Hizo bien, pues, al darles permiso para que se llevaran la piedra, aunque él no debió trabajar tanto. Hueso de la montaña, piedra blanca, piedra dura, piedra viva. . . Toda la llanada de piedras y vides fulgurando en la luz. . . El aire era como un fuego transparente e inmóvil. . .

Nadie habla en estos momentos en el bar. Felipe, un muchacho que se salió del Seminario, ojea el "Marca". Detrás del mostrador, Alfonso, el dueño del local, se lleva a los labios un botellín de cerveza. Otros hombres, derrumbados en las sillas, con las piernas abiertas, contemplan el vaso vacío que tienen ante sí.

De pronto, un motor próximo, una polvareda y una camioneta que se detiene en la puerta. Dos hombres jóvenes, rasurados, con el pantalón y la camisa del mismo color caqui, entran en el bar, espantando ruidosamente los hilos de la cortina de plástico. Son los de la Coca-Cola. Saludan, se llevan las cajas vacías, las sustituyen por otras. Uno de ellos saca un bloc y un bolígrafo y le dice al dueño del bar:

—Firme ahí.

Lo hace. Luego pregunta: "¿Cuánto es? " " Doscientas ochenta y ocho", le responde el hombre de la Coca-Cola.

Así ocurre siempre, cada quince días. Los empleados de esta empresa, aseados, limpios, luego de hacer el canje y de cobrar el recibo, saludan y se van.

Justo es decir que aquí, en este pueblecillo, los refrescos modernos apenas se conocen, así como las bebidas que se anuncian en la radio y la televisión. Los viejos campesinos que todavía tienen la costumbre de ir todos los días al bar, se toman su absenta, su paloma, su carajillo, su gallo o su simple chato de vino.

El labrador se quita la gorra, pide una paloma y se entretiene en hacer un cigarro. Estos refrescos, que ya bebían sus padres y abuelos, quitan mejor la sed –según ellos– y abren el apetito. Además, se preparan en un momento. La absenta, el anís, el limón; una chorrada de agua fresca. Nada difícil, nada complicado. El mismo sabor de siempre, la misma costumbre. El labrador, para marcharse, deja dos pesetas sobre la mesita de mármol.

IV

Cuando Pedro se levantó y entreabrió el postigo de la ventana, vio, a lo lejos, la sierra azulada y fría, con un halo de neblina en su fondo. Todavía no había salido el sol. El paisaje parecía adormecido. Sin embargo, ya debía de estar clareciendo, porque se oía el piar de los pájaros, la algarabía de los corrales, el chirriar de las ruedas de un carro.

Una extraña luz verdosa se adueñaba de la tierra. El anciano Marcelino, en uno de los corrales próximos, daba el pisto a las gallinas. Movía con sus manos la masa en un gran lebrillo y de los rincones de estiércol húmedo y de los haces de leña seca, saltaban las aves piadoras y voraces.

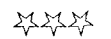
El recordaba las manos frías de Emilia, las mantas húmedas, los canales muertos, las lluvias de Frontignan. Del accidente no tuvo la culpa nadie; la bicicleta resbaló, en el suelo mojado; quizás el chófer del camión ni siquiera se dio cuenta de la caída. Emilia estuvo inconsciente varios días, en el Hospital, hasta que la muerte amarilleó y anquilosó su rostro. Vinieron a verle todos sus compa-

ñeros, incluso aquellos dos portugueses mal nacidos. El hecho ocurrió cuando empezaban a prosperar, cuando esperaban el primer hijo.

Eran las cosas del destino. Jacinto no tardaría en venir. Pedro acabó de vestirse y bajó al bar de la posada. Todas las mesas y sillas estaban apartadas a un lado y una mujer vieja barría el amplio solado, humedeciéndolo con unos puñados de serrín. Se hallaban solos Pedro y la mujer, de mirada tímida y clara, que le sonreía, escoba en mano. No se dirigieron, sin embargo, palabra alguna. Pedro encendió un cigarrillo, exhaló el humo y la mujer prosiguió su tarea.

Las paredes del bar estaban llenas de calendarios, de carteles de propaganda, del anuncio de una carrera ciclista —para profesionales— en Alfafar: ciento veintiuna mil pesetas en premios. En un alto, sobre una repisa de madera, el televisor. No cabía duda que el pueblo prosperaba. Si no calculaba mal, ya eran cuatro los televisores que alzaban su antena sobre los tejados de teja roja y seca.

Se asomó a la calle. Jacinto ya venía, paso a paso, con la pipa en la boca y la cayada en la mano. Pedro salió a su encuentro, lo saludó y ambos se dirigieron al campo.



El sol ya se alzaba en el cielo desnudo y amenazaba un día de chicharra, calmo y sin aire. Vides y almendros iban surgiendo en los terrenos llanos y pedregosos. Una máquina perforadora había iniciado su resuello mecánico, el isócrono jadeo de hierro sibilante.

—Son los de Colonización— dijo Jacinto—, que están abriendo otro pozo.

A pesar de que Jacinto padecía de dilatación de aorta, de un poco de gota y no sabía de cuántas cosas más, a los sesenta y siete años caminaba todavía con paso gallardo y firme. Cruzaron un barranco. La mañana crecía de luz. Como una saeta, un pájaro pasó sobre las copas de los almendros. Más allá, una tórtola abatía su vuelo entre las vides.

Frente a ellos, se alzaba la montaña, con manchas de jara y de lentisco, peñas aisladas, pequeños pinos de redonda copa.

—Todo está falto de brazos, ya lo ves. Haría falta escardar las cepas, para que a los racimos les diera el aire, antes de que se pudran.

Hay también —Pedro lo está viendo— leña abandonada por todas partes. Nadie recoge la leña de almendro. No quedan brazos. Por otra parte, en el invierno, las estufas de butano y de petróleo la hacen casi innecesaria. No vendrían mal tampoco —piensa Pedro— unas pasadas de tractor. Es necesario labrar las viñas. No se distingue, en toda la extensión del campo, ni siquiera una mula, cuando en otros tiempos allí mismo trabajaban cinco o seis pares de mulas.

Es demasiada tierra para los pocos hombres que la habitan. Los jornaleros han emigrado. Más de veinte familias de este pueblo viven en Frontignan y en Sete y en todo el mediodía francés. Los españoles, los italianos, los polacos, los portugueses —la mayoría de éstos pasan, clandestinamente, la frontera—, en el campo de esa gran nación que es Francia. Tanto es así que, en un pueblecillo,

a falta de franceses nativos, han tenido que elegir de alcalde a un español.

—Las cosas han cambiado— le dicen algunos paisanos— y ahora se vive aquí bastante bien.

Pedro mira la sierra próxima, que avanza ante él. No puede, jamás podrá olvidarla. Contempla los más altos riscos, las peñas, las breñas de espino. Tenía sólo ocho años cuando, para ayudar a sus padres, tenía que subir al monte por leña; desde aquel mismo pico descendía, con el fajo de leña a la espalda; el sol que quemaba, las numerosas caídas, la sangre secándose en la piel. . . En el barranco esperaba el carro. Descargaba la leña y ¡ otra vez arriba, bajo el bochorno del sol! Haces de leña de seis y de siete arrobas. ¡Cuánto tenía llorado entre aquellos peñascos, entre aquellos espinos, en los que su cuerpecillo de niño caía y rodaba, extenuado. . .! ¡ Cuántas lágrimas calladas y sufridas! Su padre solía decir que, desde entonces, debido al peso de las cargas de leña y a tantas subidas y bajadas del monte, sus piernas se curvaron, quedando el mozo un poco parrancano.

Ahora, según dicen, se vive mejor y es cierto, pero exceptuando a unos pocos propietarios, la situación del jornalero sigue siendo penosa y dura. Al jornalero fijo le dan seiscientas pesetas a la semana. Al que no lo es, le pagan treinta duros por día, pero ¡cuántos y cuántos días, al cabo del año, se queda sin trabajo!

V

Se sentaron los dos a la sombra del grande y solitario pino. Su copa recibía el ancho oreo del aire y alzaba un susurro en la mañana, voz de la distancia y del sueño. Las enormes raíces rojizas saltaban del suelo, contenían la tierra, aprisionaban y defendían su existencia. El pino se hallaba a la orilla de un barranco, lleno de piedras, de aliagas y bardaguera, con algún rinconcillo de aladierna en flor. En las paredes terrosas veíanse los huecos de unas madrigueras vacías.

Jacinto sacó la pipa y la limpió, cuidadosamente, con un *talluelo*.

—Aquí se está bien— dijo.

Al fin, cogió un cigarrillo de hebra, lo dobló y aplastó en el caz de la pipa y le acercó el mechero. Parpadeó la lumbre y pronto salió una hilacha de humo.

Pedro sacó un cigarrillo emboquillado y se lo llevó a los labios.

—¿Hablaste con ella? — preguntó.

Jacinto chupó y chasqueó la pipa, arrojando una bocanada de humo.

—No la he visto. Pero te digo una cosa. Harías bien en marcharte cuanto antes del pueblo.

Pedro ya sabía lo que significaban aquellas palabras. Contenían una amenaza, más que un consejo.

En el suelo, entre el alhumajo y el polvo y alguna que otra piña negra y caída, podían encontrarse numerosos piñones esparcidos. Pedro recogió cuatro o cinco de ellos y buscó, con los ojos, una piedra.

—Antes solían verse por aquí liebres y conejos— murmuró Jacinto—, pero cada día son más raros.

Oyeron la voz de un hombre que los saludaba, desde la orilla opuesta del barranco. Jacinto alzó la cayada en respuesta y Pedro le hizo una seña con la mano.

—Ya se dijo por aquí que tú, a quien de verdad querías, era a María. ¿Es cierto?

Pedro tardó en contestar. Miraba la sierra que tenía ante sí.

—Tengo unos dineros— dijo— y una media situación. Quisiera llevármela conmigo.

—Para casarte.

—Claro que para casarme, tío.

—Aquí se está bien —repitió Jacinto, echando una bocanada de la pipa y mirando en torno suyo.

Allá enfrente, entre las viñas, distinguíase una diminuta casa rodeada de unos cuantos melocotoneros. En el cielo, ni una nube. Sobre el más alto de los picos, más

arriba, en el vacío azul, algo diminuto describía lentos giros en el aire.

—Mira, es un águila. Un águila real.

El águila, casi imperceptible en la cegadora claridad, planeaba en el aire, describía leves círculos.

Cuando hubieron hablado de todos sus asuntos, advirtiéndole Jacinto, muy de veras, que se precaviera del Salvador, le dijo:

—Ven conmigo. Acompáñame.

Jacinto se levantó, apoyándose en la cayada. Subió un margen y caminó por una larga almanta terrosa, hundiéndosele las abarcas. Pedro le siguió. Llegado a un punto se detuvo.

—Mira— dijo, señalándole una raya en la tierra—, ésta es la guía del cepo.

Le explicó que una zorra había caído en el cepo, pero que la muy ladina y astuta huyó, como pudo, hacia el monte, llevándose consigo la trampa.

Había otras huellas, pequeñas, arenosas, entre los surcos secos.

—Por aquí pasó— decía Jacinto, alargando la cayada— y por aquí. . .

Más allá, encontraron un rastro clarísimo.

—Aquí mismo saltó.

Una mata de boj se veía casi arrancada de cuajo, con el tallo aplastado sobre el suelo.

—Menudo bicho debe de ser. Debe de ser un zorro macho.

Los ojos avizores del campesino seguían los pequeños rastros que el animal dejó en su huida. Un hueco terroso, el vacío de una pata, la tierra esparcida al caer y restregarse el peludo animal, la raya violenta del cepo hundido o de la cadena enredada. Pero, a pesar de que nada escapaba a la sagacidad del hombre, el rastro se perdía en la misma falda de la sierra. Entre la piedra dura y el espino, entre las rocas peladas y los abundantes brotes de romero y de lentisco, conforme subían la ladera, se acababa todo vestigio. Un antiguo instinto casi inhumano vencía en el ánimo del viejo cazador y, a pesar de sus años y de sus achaques, bajo el ardor implacable del sol, proseguía la búsqueda.

—Por aquí pasó. . . Tiró hacia el barranco. . .

El aire olía a pino, a tomillo, a inmensidad. Conforme subían, los campos quedaban tendidos y amarillos al aviso de la tórtola y al halo de fuego invisible que lo rodeaba todo. Los almendros yacían en la urna de un resplandor inmóvil. Salmodiaban las cigarras.

—Tenía que haberse traído un perro —dijo el joven— así, hubiera sido más fácil seguirle el rastro.

—Ya no me importa la zorra —repuso su tío— Sólo me importa recuperar el cepo.

Dieron vueltas infructuosas, bajaron al barranco, rodearon la ladera del monte. Pedro se hallaba fatigado. Se admiraba de la fortaleza del viejo, que sufría de dilatación de aorta y tuvo un serio achuchón de gota.

Al cabo de aguzar los ojos, sortear los altos, las piedras y los espinos, tuvieron que desistir, sin encontrar al animal.

—Debe de haber muerto —dijo Jacinto— Y, si no ha muerto, es que pudo subir hasta las loberas, allá arriba.

Descendieron hacia el valle. Reverberaba el aire. Allá lejos vibraba el motor de un tractor. Pedro estaba todo sudado; notaba, en el centro de la espalda, cómo le resbalaban unas gotas. Cuello, sobacos, cintura, todo el cuerpo húmedo de sudor.

Al bajar, Jacinto encendió otra pipa y se puso a hablarle de la almendra.

—Debe de estar cansado— le dijo Pedro.

—¿Cansado? No. . . Sólo cansa el trabajar. Esto, el andar de aquí para allí, esto es una felicidad.

VI

Luego de comer, van llegando al bar los jugadores de dominó. Se sientan con indolencia en una silla, miran a su alrededor para ver las personas que hay y si con ellas podría organizarse una partida. Si falta uno o si la compañía de alguien no interesa, esperan un poco. En realidad, sienten todos un poco de impaciencia, porque a nadie le gustaría quedarse fuera de la partida y hay que estar avizor a cualquier cambio de miradas, a una señal determinada.

Alguien le dice al dueño del bar que ponga la tele y éste responde que por la tarde no hay nada, que la pondrá a la noche, a las siete y media, para ver un partido de fútbol.

La gente va llegando y entra, del resol a la umbría, un poco incierta y deslumbrada. Un hombre saca un paquete de celtas y se lleva un cigarrillo a los labios. Acaba de entrar el barbero y ya la partida se va configurando. Sólo falta el secretario del Ayuntamiento.

A esta hora los hombres no tienen muchas ganas de hablar. El café y el cigarrillo sí que les deleitan y los sa-

borean con verdadera fruición. Es una manera de escaparse de la realidad, del trabajo.

Por fin ha venido el secretario. Uno de los hombres se acerca al mostrador del bar y coge un dominó, cerciorándose de que es uno de los nuevos. Es importante que la ficha tenga el clavo dorado poco gastado, para que pueda rodar sobre el mármol.

Los cuatro hombres de la partida se aproximan a la mesa. Uno de ellos toma, de un apresurado sorbo, el café. Se cambian algunas palabras casi sin sentido alguno. El resol del día entra por la puerta, el bochorno de la siesta de julio. Un coro de cigarras vibra en la lejanía.

Ya no importa nada de cuanto les rodea. Mueve uno las fichas y va tomando cada uno las siete que le corresponden.

—El seis doble.

La partida ha empezado. Este es un juego inocente, en el que sólo se apuestan los cafés y, a veces, el café y el puro. Total, unas diez pesetas. Pero lo mismo fuera si se apostaran la cosecha. El mismo celo, el mismo amor propio, el mismo afán por vencer al contrario. Es la regla del juego. La regla suprema, que lo hace tan emocionante. Se trata de vencer al contrario. La lucha física se convierte en una lucidez mental que actúa deliberada y astutamente. Se permiten el cebo y el engaño, siempre que se basen en el fingimiento de un gesto, en sembrar la duda en el adversario.

A la puerta del bar están sentados el panadero, el dueño del cine y un profesor de la escuela de chóferes, que antes —según comentaron delante de Pedro— fue gañán de vacas. Alguien ha insinuado la conveniencia de

echar una partidita de cartas, pero el dueño del cine dice que no juega si no es una partida de cuatro.

Lejos, en el campo, se oye el martilleo fantasmal de la perforadora. Algún chusco ignorante afirma que lo que realmente buscan los de Colonización es el petróleo, pero han de contentarse con el agua. El agua brota allí clara y abundosa y buena para beber y son muchos ya los pozos abiertos. Un chorro de aquella agua vale una gloria.

El vaho de la tarde va refrescando en la sombra. Viene, por la otra parte de la calle, un pastor con su rebaño. Es un hombre moreno, delgado, alto, que lleva un puro en los labios y una gruesa cayada en la mano.

—¡Ché! .

El panadero lo llama y le invita a jugar una partida de cartas. Le dice que por el rebaño no se preocupe, que él tiene en el corral hierba y ramiza de olivo para entretenerlo durante dos horas.

—¡Vamos a ello! — dice el pastor.

Con unos gritos, encamina el rebaño hacia el corral. El panadero se va con él.

La gente ríe de lo sucedido. Al cabo de unos minutos regresan, solos, el panadero y el pastor.

—Ya está arreglado todo— dice el panadero.

—¡Vamos allá!

Entran los hombres en el bar y piden una baraja. El dueño del bar les pone un trozo de manta sobre la mesa. Se sientan los hombres, piden un café y un puro y comienzan su partida. Los naipes resbalan entre los dedos. Una partida de cartas es mucho más aguda, más astuta y

peligrosa que una de dominó. En ella pueden perderse veinte o treinta duros en unos minutos, si la cosa va mal. También pueden ganarse. Es ley del azar. Mientras las ovejas y cabras del pastor, encerradas en el corral, ramonean las hojas de olivo, los cuatro amigos se entretienen y abisman en una partida de cartas.

VII

El día está cubierto. Bajo de las nubes, las ramas quietas de los árboles y las franjas de verde de los campos: verde de alfalfa, verde de maíz, verde de huerto, verde de viñedo... Verde sumiso y verde rizado, alborotado y hojoso. Se dice de las viñas que tienen tres verdes, cinco verdes, según los años que estén plantadas, porque cada año da su verde y así la edad de estos campos se mide de verde en verde, de hoja nueva en hoja nueva, de cosecha en cosecha.

Debajo de la copa dormida de un manzano, moscas negras vibran, detenidas en el aire. Suena un élitro escondido y, entre las pomposas matas de calabaza, dos mariposas blancas se encuentran y persiguen en sus caprichosos vuelos.

María descansa del trabajo. María tiene los ojos negros y brillantes. Una crencha de pelo cae sobre su frente llena de sudor. Ha terminado de escardar un trozo, de arrancar de raíz las malas hierbas que crecen y se multiplican, entre el orégano y los crisantemos. Lleva los pies

cubiertos de polvo; sus manos están ásperas y pringosas del suco de las hierbas. Un gran cansancio la cubre y, dentro de ella, experimenta desazón y melancolía.

Ella no abandonará la casa ni las tierras mientras Salvador no se case, mientras Salvador no sosiege de aquella vida que lleva. Es un hombretón fuerte y violento, a quien le gustan los placeres intensos, en especial las mujeres y la bebida. En ocasiones, desaparece de la casa durante dos o tres días. Ella ha de gritarle entonces, ha de ponerse en su sitio, haciéndole ver que, de aquel modo, marcha todo a la ruina. Salvador no se atreve siquiera a responderle, porque comprende que su hermana lleva toda la razón; soporta, derrotado en una silla, con los ojos entrecerrados y una de sus manazas en la mesa, el sermón. Acaso, en el fondo de los hombres fuertes, existe una debilidad pueril que nadie puede sospechar. Lo cierto es que el hombretón hace caso de los reproches y se reincorpora al trabajo y a la casa con más energías que antes. La mujer no ignora que cualquier luna volverá a sacarlo de quicio y que se marchará de nuevo, en el momento menos pensado, pero este momento parece que se va distanciando en la vida monótona y diaria y la muchacha llega a experimentar cierta sensación de seguridad.

Pedro está en el pueblo. Por mediación de tío Jacinto sabe que quiere hablar con ella. María está segura de que aquel hombre la desea, la sigue deseando, ahora más que nunca. La vez que entró en su propia habitación y la sorprendió casi desnuda. . . Hay contactos y roces que una mujer sabe que no son casuales y hay miradas y miradas. . . Cualquier mujer que no sea tonta sabe cuándo un hombre necesita de ella. Lo descubre en un solo instante, en un momento en que el hombre deja de do-

minarse y le parece que está obrando con toda naturalidad. Se atreverá, quizás, a mayores cosas, a coger a la mujer entre sus brazos, a poner sus labios sobre la mejilla. Y es posible que los corazones den su latido junto y que los cuerpos perciban ese fuego instantáneo de la caricia. Y lo peor de todo es que la mujer se turba más que el hombre y se queda quieta y vencida, sin apenas poder resistirse a nada.

Un hombre y una mujer jóvenes no deben encontrarse solos en una casa. Da la sensación de que el mundo desaparece y de que el espacio se limita para ellos. Hay un silencio en el que sólo se percibe la respiración, el aliento. Se advierte también una extraña suavidad en todo. En una cama deshecha, en el rumor del agua, en un visillo que roza el aire junto a una ventana entreabierta. . .

Ella recuerda los hechos —hasta un mínimo detalle— tal como sucedieron y lucha por desechar de su imaginación otras cosas. Ha sido, sin duda, una jugada del destino. La muerte de Emilia, debida a un accidente, en Frontignan, da un cariz doloroso a la realidad. Pedro se halla ahora solo, desesperada y amargamente solo y no tiene más remedio que acudir a ella, porque no sólo la desea según el instinto, sino que también la ama.

VIII

Las partidas de porra catalana se han acabado. Las fichas negras del dominó yacen en desorden, sobre la mesa de mármol. Algunos dedos inconscientes las tocan, ponen dos o tres de ellas en fila, las hacen rodar unos instantes.

La conversación empieza a nacer, en el solaz de la hora. Queda sobre los campos y en la falda lejana de la sierra un poco de sol de la tarde —oro cansado y tenue— que ya no quema. Cerca de la fuente, el viento arrulla las copas de los altos eucaliptos, de los álamos de hoja cambiante, produciendo un largo rumor que se extiende en las primeras sombras.

Todo el valle, de manzanos y viñedos, verdea hasta la laguna gris y muerta, donde todo signo de vida se extingue en un enorme llano de ceniza.

Debajo de los eucaliptos, en el suelo alfombrado de las largas hojas caídas, relumbra el último y platirrosado resplandor de la tarde. Las golondrinas navegan con sus alas los rastrojos. De vez en cuando, se oye el agudo chiar de una golondrina, el gemido de un carro que pasa.

La puerta de la posada está frente al campo mismo y a muy poca distancia de los primeros rastrojos. Pasa por allí un ancho camino que se adentra en el pueblo y por el que vienen de regreso algunos campesinos, con un haz de hierba en la espalda.

El dueño del cine, Fermín, tiene los ojos hinchados. A todo el que le pregunta responde diciendo que ha tenido unas palabras con su mujer, en son de broma. Al fin cuenta la verdad: al levantar el asiento de una silla han salido zumbando unas tabarreras, que se le han echado encima, haciéndole pasar un mal rato.

Las tabarreras son una especie de abejones que vibran y se suspenden en el aire, como una araña en su hilo, y que, en vez de picar, muerden. Es muy dolorosa la mordedura de una tabarrera, mucho más que la picadura de la avispa o del tábano. Fermín, el dueño del cine, tiene todavía la cara hinchada —sus ojuelos son dos pequeñas rendijas— y brillante de algún unto o pomada.

La conversación ha pasado ya por fases animadas y por fases vacías. Ahora habla solo Eusebio, el arriero, alargando cansinamente sus brazos sobre la mesa de mármol, donde se hallan esparcidas las fichas del dominó.

Recuerda sus tiempos de arriero, las largas jornadas que pasaba tendido en el carro, liado con una manta o acostado sobre un pellejo de vino. Podía quedarse incluso dormido, porque entonces en las carreteras era muy escaso el tránsito y los pocos camiones que circulaban ya llevaban buen cuidado en guardar su derecha.

Su carro portaba un tiro de cinco bestias; los caballos en las varas y en la punta una mula castañica y ágil. Porque no hay nada mejor que una mula para tirar "alan-

te". Y bien sabía Dios que, entre todas las mulas del mundo —treintenas, quincenas, sobreras y cuneras— prefería la suya, que tenía tanto y tan bien probada.

A veces salía de casa y ya no volvía hasta dos o tres meses después. Cargaba trapos para Alcoy y de allí volvía con balas de papel para Alicante o Murcia; suela de alpargata de Elche, teja de San Vicente, botas y pellejos de Monóvar, de Yecla. . .No paraba. Jamás la mula lo tumbó en la cuneta. Las ruedas del carro, hechas en Benejama, podían soportar hasta seis o siete mil kilos de peso.

Tenía un compadre, buen amigo y carretero como él, quien, apenas llegados a una posada y desenganchados los animales en la cuadra, se subía al pesebre y allí se quedaba dormido, con los brazos cruzados. Siempre dormía de la misma manera.

Eusebio sigue hablando de aquellos tiempos, de caminos y posadas, de cuando él dormía sobre un pellejo de vino mejor que en su casa.

Un hombre da dos palmadas, llamando al camarero.

—¡Tráeme una absentica, que estoy seco!

Otro pide que le traigan también una paloma.

La mayoría de las conversaciones de estos hombres versan sobre los tiempos de antaño. Se percibe en sus palabras una especie de añoranza, algo como el sabor del buen vino, que jamás se olvida.

IX

El hombre es alto, delgado, de color cetrino. Tiene una mirada vaga y huidiza, un tanto absorta, que no se queda en las cosas. De rara en rara vez hay en sus labios un asomo de sonrisa.

Sobre la diez de la mañana recala en el bar. Ha dejado la bicicleta en la puerta. Lleva sujetos los cabos del pantalón con una horquilla. Habla muy poco o casi nada. El dueño del bar le pone un vaso de vino sobre el mostrador.

En el aire dorado de la mañana hay algo como la ausencia. Otro mundo ha quedado detrás de este paisaje que le rodea y su única huella está en ese vaso de vino cobrizo, que el hombre paladea, mientras se fuma un celta corto.

Todo en aquellos instantes, incluso el alegre piar de los pájaros, parece formar parte del vacío. Los días inútiles y largos han acabado por sembrar una honda desolación interior. ¿Qué significa la existencia? ¿Qué sentido tiene? Hasta el amor se rompe y acaba, en un paréntesis del tiempo.

El hombre toma el vino a sorbos quietos y distanciados, mientras se fuma el cigarrillo. No se siente feliz ni desgraciado. Le empuja, sin embargo, como a todos, un fuerte apego a la vida.

Paga, sale del bar, sube a su bicicleta e inicia su lento recorrido diario. El aire que le da en el rostro, el rumor y la frescura de los árboles, la soledad del campo, le congracian con su nueva existencia.

Su trabajo es ir de casa en casa, para dar clase a los niños. Los estudios que tuvo le sirven ahora para esta tarea sencilla, cuyo límite es la enciclopedia. Sabe que para ser maestro, más importante que poseer un título, es sonreir a un niño, mirarle, hacerse su amigo. Entonces el niño, con su innata curiosidad, empieza a hacerle preguntas y el amigo le responde, le explica lo que no comprende.

El trabajo le resulta agradable y cómodo. La gente lo recibe con afecto. Nada parece que vaya a cambiar durante mucho tiempo. Ahora, en estos meses del verano, las escuelas están cerradas, pero aunque así no fuera, la distancia de las masías al pueblo es excesiva para tener que ser recorrida cuatro veces al día. El maestro particular, con su modesta bicicleta, ha venido a simplificar el problema y a resolverlo. De este modo, los campesinos pueden disponer de sus hijos y la clase la reciben en su propio domicilio.

Las cuotas que exige por su trabajo son realmente módicas: ocho pesetas a la semana. Claro que, en alguna masía, para abreviar la tarea, se le reúnen a la vez cuatro o cinco niños del contorno. También los campesinos son especialmente considerados y lo invitan, quién a un almuerzo, cuál a un tiento de vino, cuando no le regalan

un cestillo de fruta o de hortalizas. El maestro particular tiene la vida resuelta, aunque no lo parezca. En el aspecto económico, poco necesita para él mismo y este poco se lo resuelve la generosidad de los demás.

Al caer la tarde, prosigue las clases en el pueblo. Saluda al entrar en la casa y ya los niños lo están esperando, sentados alrededor de la mesa. Allí, debajo del halo de la luz eléctrica, tiene lugar la pacífica tarea de la clase, delante de los mismos familiares, quienes lo observan y oyen cuanto dice, riñendo a los niños si es preciso.

Ya terminado su trabajo, se va al bar y redondea la cuenta tomándose un último chato de vino, antes de irse a cenar. A veces, lo invitan a jugar una partida y aunque él no es muy dado a esta clase de esparcimiento, acepta. Transcurren así las últimas horas de la jornada.

Nadie sabe por qué, este hombre, que vive solo, llegó un día al pueblo malroto y sin fuerzas, hecho casi un mendigo. Un viejo familiar le dio ropas y otro le cedió una habitación para que no pasara las noches al raso. Desde entonces, el hombre ha ido ordenando su vida y su trabajo, hasta llegar a la situación actual. Las lenguas picoteras y mordaces aseguran que don Julio —así le llaman los aldeanos, con el aditamento respetuoso del *don*— es un hombre casado, que vivía en Madrid y a quien su mujer abandonó por nadie sabe qué motivos, aunque fácilmente podría suponerlos cualquiera.

X

Los árboles tienen vida propia en el paisaje. Se elevan de la tierra, se desprenden de sus raíces para alimentarse del aire y de la luz del cielo.

Los árboles poseen un lenguaje esencial; susurran en la mañana, se pueblan de rumor al mediodía, cantan en el atardecer, con sus múltiples hojas mecidas, para prolongar en la noche su música inexpresable e infinita, hecha de una ola inacabable.

En los días de estío, como en una fiesta, encienden sus ramas de chicharras monótonas y locas, que son el contrapunto del ligero y alegre piar de los pájaros.

(El árbol vence al tiempo y al silencio. Verde agitado y hojoso de sus ramas, verde lleno de júbilo, que canta una gloria desconocida para nosotros. . .)

Los ojos de la impedida están fijos en los árboles. Todos los días de la semana, menos los domingos, constituye aquél su más preciado y esperanzador miraje. Los árboles se ven diminutos, sus copas juegan y se rizan con el viento; detrás de ellos, las sierras enlazadas, de ocre

claro, de ocre sonrosado, con la línea de sus barrancas y quiebras perfectamente dibujada.

Allí termina su vida y empieza algo que ni siquiera se atreve a nombrar. Es mucho mejor no decirlo, dejarlo pasar por su alma, como el aleteo ciego de un pájaro. Huele su cuerpo hoy —recién lavado y perfumado— a hierbabuena, a un trocito de jardín bien cuidado, cuando sus flores se abren en la sombra.

Su madre le ha dicho muchas veces:

—No te aflijas con lo de tu pierna y procura disimular y no arrastrarte tanto cuando vayas de un lado para otro.

La muchacha calla. Ella sabe muy bien que tiene una pierna muerta.

—Por lo demás— prosigue su madre—, has de saber, hija mía, que eres ni más ni menos como todas las mujeres, por no decir más bonita que muchas que conozco. Tapándote esa pierna, tu cuerpo es perfecto.

La muchacha, de grandes melenas rubias caídas sobre los hombros, de ojos verdes que miran a lo lejos, no sabe adónde, con una leve sonrisa triste, responde:

—Sí, madre, pero ningún hombre se acerca por la casa. Nadie se interesa por mí.

—Carlos venía a verte, pero tú empezaste a decir que le olía la boca y que no podías soportar estar a su lado.

—Y era verdad, madre. Su aliento era una pura peste.

—¿Y qué me dices del Damián?

—Qué.

—Pronto te cansaste de él.

—El Damián era un sinvergüenza y un grosero. A su lado me sentía cualquier cosa. Una vez me dijo que nunca había estado con una mujer coja, pero que suponía que yo lo haría como todas las demás.

—¿Eso te dijo?

—No solamente eso. Un día, cuando tú te fuiste, me preguntó dónde guardabas el dinero. Me dijo que, si lo ayudaba, jamás ningún hombre sería más cariñoso conmigo.

— ¡Hijo de mala madre!

Por la drecera de árboles, se ve venir a un hombre, montado en una bicicleta.

— Ya llega, madre.

—Prepara la mesa. Saca los libros y la libreta.

—Madre, cuando acabe la clase, prepárale un vaso de vino y un trocito de pan y jamón, para que meriende. La casa queda muy lejos y debe de llegar cansado.

—Se lo preparas tú mismo, niña, que yo he de irme por lo del agua.

—¿Tardarás mucho?

— Cosa de una hora.

El maestro ya entra por el camino que lleva a la casa. Llega hasta el portal y allí mismo desciende de la bicicleta y la apoya en un pilar. Debe de tener mucho calor, porque descuelga la botija que se deja todas las noches al relente, la destapa y se echa un largo trago a la garganta. Descansa un instante, se pasa el dorso de la mano por la boca y vuelve a beber. Se oyen las gorjas del agua entre sus dientes.

Antes de entrar en la casa se quita las horquillas del pantalón y se sacude un poco de tierra.

— Buenas tardes.

— ¡Buenas tardes! Pase, ahí está la niña. Vuelvo a no tardar.

La muchacha se halla junto a la ventana abierta y le sonríe. El hombre entra despaciosamente en la sala y toma asiento en la mesa, a su lado. Quizá se encuentre muy cansado, porque durante unos minutos, sin hablar, se queda mirando el campo, en el que una luz dorada roza las copas de los árboles, se va tendiendo en la falda de la sierra.

El hombre enciende un cigarro y va corrigiendo los trabajos. Con la brisa que entra por la ventana, el débil concierto de grillos y cigarras que treme en el aire, con el perfume que emana del cuerpo de la muchacha, le va invadiendo una profunda sensación de sosiego y de paz, una especie de felicidad que no sabría definir y que ya ha experimentado otras veces, precisamente en aquel lugar y en aquellas mismas circunstancias.

XI

Acabada la clase, su alumna se levanta, coloca la muleta en su sobaco y se dirige, tranqueando, a la cocina. Trae primero un plato tapado con una servilleta blanca. Lo coloca sobre la mesa y vuelve luego a la cocina, por un porrón de vino.

El maestro toma un trozo de pan blanco y unos taquitos de jamón, que pincha con su propia navaja. Se pregunta a veces por qué la viuda los deja solos tanto tiempo, si no será todo una trampa ingénuamente preparada. El pan blanco, el jamón y el vino, van embriagando al hombre de un hondo sabor de vida, en el que la cercanía de la muchacha no es, ni mucho menos, un factor ajeno.

—¿No va nunca al pueblo? —pregunta, por decir algo.

—No... No me apetece.

Don Julio siente reparos en decirle que no ha de tener un ápice de vergüenza por lo que toca a su defecto físico, pues si bien el andar tuerce su figura, el mismo esfuerzo le levanta el busto de una manera harto graciosa y

atractiva. . . Sin embargo, cambia de conversación y le pregunta, casi bruscamente:

– ¿Cuántos años tiene?

Amparito se sofoca. Al fin, contesta:

–Veintisiete. Ya no soy ninguna niña.

Aquellas palabras –"Ya no soy ninguna niña"–, hallándose los dos solos en la casa enorme y vacía, adquieren de pronto, en la mente del hombre, un significado especial.

Veintisiete años. El hubiera jurado que su alumna tenía unos veintidós o veintitrés. Sin duda, la vida quieta que lleva, el poco esfuerzo en el trabajo, el cuidado y el mimo de que son objeto todas las hijas únicas –cuidado evidente en el perfume, en la piel suave de las manos, en el vestido –la mantienen en aquella apariencia juvenil.

La conversación se prolongó durante más de una hora, pero la viuda continuaba sin hacer acto de presencia y don Julio se vio obligado a despedirse. Le dijo que sentía mucho dejarla sola, pero que en el pueblo tenía otras clases y no podía demorarlas más. La tullida, comprendiéndolo, le repuso que no tenía por qué disculparse. Al levantarse, debido quizás a la presura y nerviosismo, dio un traspiés y a punto estuvo de caer cuan larga era en el suelo, de no ser por la solicitud de su acompañante, quien la ciñó en sus brazos más tiempo y más efusivamente de lo necesario. La muleta había quedado en el suelo y ninguno de los dos parecía pensar en recogerla.

XII

El cartero ha traído la correspondencia, en una gran bolsa de cuero. La saca y arroja, en dos manotazos, sobre la mesa. Luego, mientras se fuma un cigarrillo, la va ordenando. La correspondencia diaria del pueblo podría resumirse en unas quince o dieciocho cartas, cuatro o cinco impresos, algún certificado y la prensa. Decir la prensa significa: cuatro ejemplares de "Abc", dos de "Arriba" y siete de "Marca".

El cartero enciende un cigarrillo —no quisiera fumar, pero fuma— o se toma una cerveza— no quiere beber, pero bebe. Fumando y bebiendo, se pasan mejor las horas monótonas del día. Fumando, bebiendo y conversando con los hombres.

El cartero es, también, el dueño del bar, así que destapar un botellín y llevárselo a los labios es cosa hecha. Luego, mandará a su hijo para el reparto. El sol deslumbra fuera, es una mancha cegadora y amarilla.

Felipe, el ex-seminarista, viene casi todas las mañañas a la misma hora. Ya hay uno o dos hombres tomando, tranquilamente, su paloma. Mientras el cartero orde-

na las cartas por calles y se bebe su botellín de cerveza, el ex-seminarista ojea, de prestado, las páginas de "Marca".

El día es pesado, bochornoso. El viejo Enrique entra con mala cara; no quiere hablar con nadie. Se fuma, lentamente, un celta corto, pensando en sus asuntos. Tiene ochenta y tres años y él, que ha sido un hombre inquieto y activo, un lince para los negocios, que ha luchado contra toda clase de circunstancias, buenas y malas, se ve ahora condenado a vegetar en casa de una de sus hijas.

Entran dos hombres jóvenes en el bar y piden una cerveza. Hablan de la carrera ciclista que ha de celebrarse en la tarde y que pasará por allí mismo, sobre las cuatro o cuatro menos cuarto. Un joven del pueblo participa en esta carrera y todos comentan sus posibilidades; piensan que pasará el primero o, al menos, entre los más destacados, para complacer a sus convecinos. Si él quisiera podría, incluso, ganar la carrera. . . Este joven ciclista, llamado Faelo, ha conquistado ya muchos trofeos; tiene veintitrés años y es hijo de humildes campesinos. Se dice que sus padres no están muy conformes con las aficiones del chico y que incluso le han amenazado con no darle de comer ni vestir en tanto no traiga un jornal a la casa. Un hombre asegura que Faelo, el año pasado, ganó sus seis o siete mil duros en el ciclismo. Otro dice que sería una lástima que dejara la bicicleta, teniendo condiciones, como tiene, por obtener un mísero jornal.

El problema de este joven apasiona al pueblo. Se ha creado una Peña Ciclista, que cuenta ya con cincuenta socios, bajo el único propósito de ayudarle. La semana pasada, sin ir más lejos, se le pagó un arreglo del cuadro

de la máquina que ascendía a más de cuatro mil pesetas. La misma bicicleta en que corre es propiedad de la Peña. Para todos constituye una gran ilusión el que este muchacho –representando a la Peña y al pueblo– llegue a ser una gran figura del ciclismo.

Faelo, Rafael de nombre, un joven moreno, de pelo corto y ojos negros, elegante y educado en sus maneras, responde con una sonrisa a las palabras de sus amigos. Dice que hará todo lo posible por ganar, aunque es un poco difícil, porque también corren Troche, Rodríguez y Asensi. Este Troche, sobre todo, se asegura que es un fenómeno.

XIII

Por la tarde, cuando se supuso que la carrera estaría a punto de llegar, se interrumpieron en el bar las partidas de dominó y la gente se dirigió a la salida del pueblo.

Debajo de las moreras, detrás de una esquina, allí donde había un poco de sombra, grupos de personas se entretenían conversando. Sin duda, debieron de retrasar la hora de salida, porque nadie se explicaba aquella tardanza.

Los jóvenes se dirigían, en bicicleta, al encuentro de los corredores.

—¡Eh, tú, llévame!

El gordo se subió al sillín trasero y pareció que iba a hundirse la rueda.

Eran muchas las personas que se habían marchado —en bicicleta, en moto— a lo alto del collado, desde donde podía divisarse la carretera general.

Las muchachas, aprovechando la ocasión, salieron de sus casas. Daban un paseo por la carretera. Alguna de ellas dirigía una mirada provocativa y encendida a un mo-

zo, quien le sonreía. Sin embargo, el diálogo no se establecía entre ellos, acostumbrados como estaban a cambiar unas palabras de noche y a escondidas.

Gaspar iba detrás de Juanita. Ella vestía de negro y tenía un aire sencillo. Cuando volvía la cabeza para mirarlo, movía la cintura como una gata y ponía su pecho de perfil, un pecho algo caído, pero aún puntiagudo y lleno de gracia. Los ojos negros de Juanita se tornaban brillantes. Ambos sabían que se verían el sábado, en el baile, pero se manifestaban mútuamente un oscuro y delicioso deseo.

Cerca de las cuatro, se oyeron algunas voces lejanas.

—¡Ya vienen, ya vienen!

El guardia municipal iba de un sitio para otro, advirtiendo a todos que se retiraran detrás de la cuneta y que tuviesen cuidado de los niños, no le diera a alguno la tentación de cruzar la calzada. Amenazaba de vez en cuando con una gruesa gayata.

En lo lejos, en el punto donde nacía la cinta gris de la carretera, surgió un motorista con casco; al momento, otro. Detrás de las dos motocicletas, venía una furgoneta con varias bicicletas en el techo.

—¡Ahí vienen!

Llegaron, en primer lugar y bastante distanciados del pelotón, dos ciclistas. Uno llevaba un jersey rojo con hombreras y el otro, de color crema. Sorprendía, al verlos pasar, una impresión de lujo y de pulcritud eficiente. Brillaba el níquel de las máquinas, el metal, el esfuerzo. Con poco que las impulsaran, las máquinas corrían, a una velocidad doble o triple de la normal. Quizá los mús-

culos de los corredores eran mucho más fuertes que los de los agobiados campesinos. Quizá estuviese todo perfectamente engrasado y limpio y las máquinas rendían al máximo. Dos pedalazos y ya los ciclistas habían pasado.

Detrás se acercaba el pelotón ordenado, compacto. Los colores de las camisetas mostraban bandas alegres y vistosas. Entre los componentes del pelotón venía Faelo, arreando. Nadie, al pasar por el pueblo, le aplaudió.

Unos hombres aseguraban que aquellos dos más destacados serían los últimos, porque aún quedaban cien kilometros de carrera y tenían que haber reservado las fuerzas para el final.

Una ambulancia de la Cruz Roja. Un cochecillo, cubierto de letreros, desde cuyas ventanillas arrojaban prospectos de propaganda. . . Al instante, nada. Algunos entusiastas enfilaron la carretera con sus motos, dispuestos a seguir a los ciclistas.

Los grupos de gente se fueron dispersando. Un labrador, con la azada al hombro, fumándose tranquilamente un cigarrillo, se dirigió al campo. Unas muchachas reían. Los viejos y otros hombres volvieron al bar, cambiando impresiones entre sí. No podía aventurarse todavía nada, porque una carrera ciclista se decide al final y entre los adelantados y el pelotón no había más que una distancia inferior a los quinientos metros. Faelo aún tenía posibilidades de ganar.

La cortinilla de hilos de plástico iba abriéndose y cerrándose y los hombres se reintegraban a su partida de dominó. Pronto sonaron las fichas sobre el mármol. En el mostrador, un grupo de jóvenes pidieron, quién una cerveza, cuál una coca-cola y se enzarzaron en una discusión

en la que se oían, de vez en cuando, los nombres de Faelo y de Troche. Hasta la noche, sin embargo, cuando regresaran los seguidores de la carrera, no se conocerían los detalles de la misma.

XIV

Al fresco de la atardecida se van reuniendo los hombres a la puerta del bar. El bochorno del día empieza a disiparse y es grato sentarse allí, frente al campo, fumando un cigarrillo y charlando.

Pasan silenciosamente las golondrinas por el azul, ligeramente violeta, que reina en la altura. Hay un gran sosiego, una gran paz, desde las montañas al valle.

Los hombres han sacado las sillas afuera. El suelo está convenientemente regado y, junto con el polvo, ha muerto el vaho cálido que emergía de la tierra.

Delante del bar hay unas cuantas motocicletas aparcadas. Los seguidores de la carrera están tomándose unas cervezas con agritos. La mayoría se reserva sus noticias para cuando el corro de gente sea más numeroso y propicio. Las preguntas sueltas ya han sido muchas y diversas y la ansiedad de los primeros interesados satisfecha.

Pascual entra en el bar, con un gorrito de visera calado. Tiene la voz muy gruesa, es joven y simpático y no puede estarse quieto un solo instante. El ha seguido con

su moto a los corredores. La prueba ha sido emocionante. Faelo ha llegado el tercero y porque al *sprint* se le cruzaron los dos delante –Troche y Asensi. Unos dicen que este acto fue intencionado, que se lanzaron formando ángulo para impedirle el paso, a trueque de rodar todos por el suelo y hacerse cisco.

El vencedor de la carrera ha sido Troche. Es un joven astuto, con muchas posibilidades. Troche, además, "se las sabe todas" y procura correr en equipo. Así encuentra la ayuda y el apoyo necesarios, porque correr solo es hoy día una temeridad. Parece que Troche y Faelo han tenido unas palabras, al final de la carrera.

Los dos que llegaron primeros al pueblo han sido los últimos. En el ciclismo ha de estar todo medido y calculado y uno ha de saber aprovechar los momentos oportunos. Ya dijo Pascual que no tendrían muchas posibilidades. Una carrera ciclista no era un partido de fútbol.

La tertulia se forma a la puerta del bar, donde se han ido sacando casi todas las mesas. Los hombres se toman allí su paloma, fuman sus celtas, hablan y discuten. Los más viciosos ya se enredan de nuevo en una partida de dominó o de cartas.

Los más viejos, con el bastón entre las piernas, oyen y callan. En sus adentros se ríen de aquellas apasionadas disputas, del calor que algunos ponen en sus palabras. ¡Esta juventud de ahora! ¡No tienen otra cosa en qué pensar!

De vez en cuando, pasa algún tractor con la luz encendida, de un trabajador que se rezagó en el campo, o sale de la oscuridad un hombre a horcajadas sobre una mula.

Sentado entre los hombres se halla Salvador, con la gorrilla echada a un lado. Su enorme corpachón destaca entre todos. Tiene los ojos grises y pequeños y el rostro hinchado y rojizo. Se está tomando una absenta y un "capellán" asado. Le gustan mucho los "capellanes" asados, su molla seca, cálida y salada. Hay días en que se toma cuatro o cinco.

Con disimulo, dirige una mirada a su alrededor, buscando a Pedro. Pero Pedro debe de estar en casa de Jacinto, adonde casi todas las noches se invita a cenar. Salvador no sabe, exactamente, qué es lo que desea el mozo. De todas formas, cuando la muerte de Emilia, lo echaron de casa y le advirtieron que no pusiera más los pies allí. Se necesitaba desparpajo y descaro, luego de llevarse a Emilia de aquella manera, a Francia. Un casamiento rápido, del que apenas se enteró nadie y al que accedió por las lágrimas de la chica, solamente por eso. Todos le habían asegurado, cuando quiso informarse particularmente, que la muerte fue debida a un accidente fortuito y que Pedro no tuvo culpa de nada y quizá todo ocurriera en verdad así, pero si se hubieran quedado en el pueblo, luego de aquel escándalo, nada de aquello hubiera ocurrido. ¡Pobre Emilia! Salvador no estaba dispuesto a que se repitiera una tontería como aquella.

Siguió tomando unos sorbos de absenta, prestando oídos a todo cuanto se decía, porque no quería tentar al demonio tan pronto ni con ningún motivo. Conservaba cierta confianza en sí mismo y sabía que en esta nueva ocasión nada ocurriría, porque tampoco María se parecía en nada a su pobre hermana Emilia.

XV

El tubo por el que sale un enorme chorro de agua clara, transparente. Jacinto se arrodilla ante él y acerca su boca a la gruesa vena, llena de frescura, para beber. Siente la delicia del agua en su rostro, en su cuello. Esta agua mana en lo hondo de la tierra, entre las raíces de la vida, hace fértil todo cuanto toca y penetra, se derrama jubilosamente en el aire. Canta y refresca la soledad. En cierto modo, libera al hombre del peso y grosor de las cosas.

Jacinto seca su rostro con un gran pañuelo de color. Luego, se va a la sombra de la casa. En la mañana de estío, donde reinan el ardor y el polvo, estos dos encantos: el agua y la sombra. Ni siquiera un rey o un dios podrían disfrutar de goces más bellos. El rumor del agua clara y la sombra suave, como un ala húmeda y transparente.

Alrededor de la casa, en canteros y márgenes, brotan macizos de dompedros, de dalias, de escaramujo, de hierbabuena. Toma el hombre un tallito de hierbabuena y lo huele y su olor es como la sombra de los demás olores del campo, refrescante y delicioso.

Pedro no tardará en venir. Ha de darle una buena noticia, que lo alegrará: María quiere hablar con él. Ha de ser esta misma noche y sin que nadie lo vea, aprovechando que Salvador se ha marchado con unos amigos a Elda.

Jacinto saca la pipa, la limpia, la sopla. Coloca luego en su cuenco un cigarrillo de hebra aplastado, con su propio papel. Le da fuego con el mechero y se pone a mirar cómo trilla, en un alto, el viejo Serafín. El viejo Serafín no tiene un pelo en la cabeza; su carne se reseca y junta a los huesos y se ve cada día más enjuto y amojamado; todo nervio y costumbre, costumbre de trabajar. El viejo Serafín no hizo otra cosa en toda su vida, desde los ocho o los nueve años, hasta los ochenta y dos cumplidos. Este hombrecito que levanta la mies, allá en lo alto, de cara al débil viento, no ha ido jamás ni siquiera al bar. Sale al campo con la madrugada, come debajo de un árbol, vuelve a casa con las sombras, como si fuera una sombra más. La piel de sus brazos, de sus manos, de su rostro, es una corteza arrugada por el fuego del sol y el helor de los filos de enero, que bajan, venteando, de la sierra. Podría decirse que nadie sabe que vive en la aldea y que, sin embargo, está en toda ella, es su alma, desde hace casi cien años.

Los tiempos han cambiado y hombres como él quedan muy pocos. No hay ánimos para entregar toda una vida a la tierra y al trabajo. Quién más, quién menos, habla en razón de dinero, de conveniencia. Ya no se ama la tierra, sino a la mujer y al vino. Toda la extensión del mundo es como una mujer tendida, que espera, no que la fecunden, sino que la gocen y diviertan. Soplan otros aires y suenan otras músicas. No hay nada como oir esas

guitarras eléctricas, a esos muchachos desgreñados y a la vez perfumados y un si son o no son amadamados, para darse cuenta de lo que el mundo quiere.

Jacinto no sabe más que unas cuantas cosas, avisos que le dieron los años, la experiencia y la reflexión, pero de verdad que hubiera querido ser un sabio para desentrañar las razones y secretos de este mundo. Ahora mismo espera a su sobrino; es un buen chico, que ha empezado a vivir desde que salió de España. En la aldea era mulero y trabajaba cuando trabajaba. Pasó en su infancia, acabada la guerra, un auténtico calvario. Tío Jacinto le daba de vez en cuando una torta de cebada, recién asada sobre una lata y era de ver cómo se le ennegrecían las manos al chicuelo, en su afán por comérsela. La posguerra fue mala, sí, en aquel lugar como en tantos otros. Para algunos la cárcel, para otros el hambre. Hoy día ya nadie se acuerda de aquello. La muerte se ha llevado a quienes más sufrieron, de un lado y del otro, y los jóvenes ni siquiera saben qué es eso de la política. Viven y se divierten, que es lo que importa. Pues sí, aquel pobre muchacho pasó un calvario en aquellos años, subiendo al monte por leña una y otra vez y con los huesos tan tiernos y desnutridos como una caña. Ahora ha venido al pueblo con un *Dauphine* de color azul claro, casi nuevo. Trae dinero en los bolsillos. Dice que, en el verano, trabaja allí —en los viñedos del sur de Francia— de cinco y media de la mañana hasta las once y que a esta hora ya ha terminado, para todo el día. Vuelve a casa con el tractor, se ducha, come, duerme la siesta y luego al cine ó al bar, a jugarse una partidita de dominó con otros españoles. Todo esto sin contar con el mes de vacaciones que disfruta al año. Buena vida, a lo que parece.

XVI

Antón es uno de los cuatro suscriptores de "Abc" que hay en el pueblo. Tiene sesenta y tantos años y es soltero. Como cobra del Montepío, le está terminantemente prohibido ir al jornal, aunque sí puede dedicarse a lo suyo. Así, muchas mañanas, más bien por distraerse que por necesidad, toma el escardillo y se va a su huerto, a desenredar de broza los quijeros.

Antón es lector de "Abc" durante más de veinte años y, gracias a ello —porque a él siempre le gustó leer los artículos de fondo y las crónicas—, tiene cierta idea del mundo y una pequeña cultura. Puede, en las conversaciones, decir palabras que los demás no entienden y explicar dónde se halla la isla de Madagascar y cuáles son las posesiones portuguesas en Africa. Su vocabulario, en verdad, difiere del de los otros. Antón, además, habla con una voz fuerte y enérgica, capaz de confundir a quien lo escucha.

Usa unas antiparras para leer que le dan un aspecto de anticuario. Gracias a la lectura, su vida se ha iluminado a veces por dentro, ha recibido un bienhechor influ-

jo, gozando de los instantes más serenos e íntimos. Antón ha conocido —a *grosso modo*— otra forma de vida, otra posibilidad de existencia.

Antón, un hombre del campo y sin estudios, había intentado merodear la callada senda por la que van los sabios, según el decir clásico, y la gente le pagaba con un total desprecio, incluso con amagos de burla. "Ese está medio loco"— era una frase entreoída muchas veces, que se refería, precisamente, a él, por su inevitable pasión por la lectura.

Antón, sin embargo, jamás sintió desprecio por aquella gente casi analfabeta. ¿Existiría otra forma de conocimiento, que no necesitara para nada de la letra impresa? Indudablemente, sí. Los viejos pastores y los campesinos hablaban con una seguridad y un dominio de las ideas no exentos de rigor y de lógica. La sabiduría de la costumbre, de la experiencia, transmitida de generación en generación, por la que él anduvo siempre ciego. . .

Hay que decir que Antón no fue agraciado de figura ni tuvo suerte en todo aquello que para los demás resultaba corriente y normal. Cierto que sus dientes sobresalían como palas y que los huesos se le hundían en el rostro, haciendo desagradables sus facciones; cierto también que caminaba un poco perniabierto y tronchado y que su parla, sobre todo con las mujeres, se tornaba torpe, disparatada y confusa. Tantas veces como puso los ojos en una mujer y pensó en fundar un hogar y empezó a rondarla y a manifestarle sus sentimientos, la mujer se le quedaba mirando, como extrañada por todas aquellas quijotescas razones y terminaba diciéndole que no, aunque lo sentía mucho.

Antón acabó por forjarse una vida más tranquila, en el hogar de una de sus hermanas, a quien le daba todo cuanto ganaba. Allí disfrutaba del plácido deleite de la lectura. Trabajaba sin arrebatos en las pocas tierras suyas y, al anochecer, se iba al bar a ver la televisión o a charlar un poco, esperando la hora de la cena.

XVII

Al viejo Antón le duele la boca. Un diente, de los pocos que le quedan, se le ha ennegrecido e irritado y a veces le deja en alto toda la encía. El dolor es como un viento sordo que arranca de lo más hondo de uno mismo y gime contra los límites del cuerpo. Debe de ser tan antiguo como las raíces de los árboles, como las grietas de las rocas. Es curioso —piensa el viejo Antón— cómo el hombre disimula su dolor físico y exagera su dolor moral, como si una pena fuera más aguda que este ahilado filo que lo estremece y pone la boca fuera de sí, al borde mismo de la desesperación. Nadie habla de los males del cuerpo, que son quizá más abundantes que los goces. En los sanatorios, en las clínicas, en las consultas de los médicos, gime una humanidad atormentada por un auténtico infierno terrestre.

El viejo Antón sale, cabeceando, del bar y se marcha, con ánimo de distraerse en alguna cosa. Entra por la puerta abierta de una corraliza. Chicos y chicas pasan ante él, hablando y riendo. En un gran cobertizo, ilumina-

do por dos potentes focos, los jóvenes bailan al son de un tocadiscos.

En los días normales, este local es rústico feudo de gallinas y pollos que picotean hormigas, redrojos y moyuelos. En las paredes del establo, ruedas de auto, seras de esparto, una reja rota de aladre, botas y pellejos, mazos de cuerda, un trillo de piedra que ya no se usa, sillas desvencijadas, collarones despeluchados y toda suerte de aperos rotos. De las vigas de madera, en las que tienen sus nidos de barro, entran y salen las golondrinas, en rápido y silencioso vuelo. Un halo de polvo se levanta por doquier, entre el cacareo de las aves y los residuos de estiércol.

Para la noche del sábado, sin embargo, este cobertizo se barre y se limpia, se vacía de trastos inútiles; una fila de sillas se coloca a lo largo de las paredes; se asperja el suelo, varias veces, hasta que el huello del agua elimina por completo el polvo.

Un grupo de jóvenes suele pagar el alquiler del local —treinta duros por una sola noche; ellos mismos se encargan de traer el tocadiscos, de invitar a un grupo de chicas y de este modo queda organizado el baile.

El viejo Antón, con su impertinente dolor de muelas, que gracias a Dios le va disminuyendo, con sus años inútiles, se asoma a la puerta del baile. La música apenas si se oye y duda que los demás puedan oirla, a no ser los más próximos al aparato. Bajo el foco de luz, una pareja se contorsiona; la muchacha— no tendrá más de catorce años— mueve los brazos, la cadera y los pies; una gran melena rubia bandea sobre su espalda. Frente a ella, un mozalbete pecoso intenta acompañar sus movimientos. Lleva las mangas de su camisa blanca arremangadas hasta

el codo y su frente brilla de sudor. Más que un baile, parece un número de gimnasia loco, en el cual, las rodillas y los codos se flexionan sin cesar. Muñecos agitados por una ráfaga invisible, que no hablan siquiera.

Recostados con indolencia en la pared, fumándose un cigarrillo, hay dos o tres mozancones que sonríen y hablan entre sí, sin quitarle el ojo a una muchacha rubia, de unos dieciocho años, cuya falda le sube hasta la mitad del muslo y mueve sus caderas de manera provocativa.

El viejo Antón, con la mano puesta sobre la boca, vuelve a salir, murmurando en voz baja. Se refugia en la noche, en el viento cálido, en el parpadeo lejano de las estrellas. La vida es un ritmo loco que une a unos seres hasta el frenesí y separa a los otros, los arroja, sin saber por qué, a la soledad y a la angustia.

XVIII

—¡María! — la voz de Salvador atruena la casa.

Ha encendido, al entrar, la luz del comedor. Una mesa cubierta con un tapete de hule, a grandes flores. Unas sillas alineadas junto a la pared.

—Pasad. Pasad— dice a sus amigos.

Entran cuatro hombres, portando en sus manos extraños atavíos enfundados, que depositan en el suelo.

Salvador repite: "¡María! " Y, dirigiéndose a sus amigos: "Sentaos, sentaos".

Por una portezuela del fondo, que da al corral, aparece la muchacha, un poco pálida, un mucho sorprendida al ver la escena. Los hombres se ponen en pie y ella, algo confusa, les sonríe.

—Son unos amigos míos de Elda— dice su hermano— Se nos ha ocurrido venir a hacerte compañía. No esperabas a nadie, ¿verdad? .

—No, no. Tanto gusto— María apenas puede contener su turbación— Pero siéntense, siéntense.

Les da la mano a cada uno. Comprendiendo un gesto de su hermano, les dice:

—Les traeré algo para beber.

—No se moleste, gracias.

—Son músicos —dice Salvador— Les dije que a mi hermana le gustaba la música.

—¿Le gusta la música? —pregunta uno de ellos.

—Sí, mucho— contesta ella.

Con unas frases de disculpa, María se dirige al interior de la casa, para volver, al poco tiempo, con una bandejita de pastas y almendras tostadas y una gran botella de vino rancio. Lo deposita todo sobre la mesa. Luego, abre un pequeño armario y saca de él unos vasos.

Los amigos de Salvador, que ya venían con una chispa en los ojos, ríen y conversan en voz alta. Salvador se ha quitado la gorrilla, echándola a un lado.

Se acercan todos a la mesa y Salvador les sirve del vino, que tiene un color entre naranja y fresa. El vino toca las lenguas con su fuego claro, que lleva a las voces una especie de ardor súbito.

Se bebe, se encienden cigarrillos —"Acompáñenos, tome una pasta. . ."—, se comen las almendras, se habla en voz alta. María, aunque ha alargado una de sus manos, alcanzando un hojaldre de la bandeja, parmanece un poco detrás del humo, detrás de las palabras de los hombres, como alejada de aquellos instantes.

Por fin, el mismo individuo que le preguntara si le gustaba la música, se levanta, abre un extraño equipaje y saca de él un laúd. Los otros le imitan y se van colocando alre

dedor de la mesa, en un extremo de la cual se halla la muchacha vestida de negro. Los instrumentos son: una guitarra, un laúd, una bandurria, una melódica. Los hombres, entre sorbo y sorbo, puntean sus instrumentos, igualan el tono. Al fin se miran unos a otros y uno de ellos dice la pieza que van a interpretar. Pronto suena la alegría de las cuerdas. La noche parece que vibre y se desgarre. Es música popular española.

María contempla a uno y otro, ya repuesta de la sorpresa, sonriéndoles. Cada músico está absorto en sus aires, en sus notas, en la armonía que va naciendo del conjunto. La melódica apenas se oye entre las cuerdas; es un contrapunto débil. El pasodoble, la jota... La alegría de la música popular española; a ráfagas, también, la tristeza. El sentimiento primitivo, que brota del pecho del hombre. En raras ocasiones, la meditación, el éxtasis, el juego.

Entre pausas, dedicadas a beber, los hombres han interpretado tres o cuatro obras. Al fin, alguien dice que ya es hora de irse. Se levantan y proceden a enfundar los instrumentos. María da las gracias a todos, por el rato agradable que le han hecho pasar. Los músicos apuran el último trago y aseguran que vendrán en otra ocasión y con otro repertorio. Salvador se cala la gorrilla y le dice a María que se marcha con ellos. La muchacha le mira; con sus pupilas quiere preguntarle hasta cuándo, pero él evade la mirada y la respuesta.

Cuando ya todos se han ido, la muchacha cierra la puerta, recoge apresuradamente la bandeja, la botella y los vasos, coloca las sillas en su lugar y se dirige hacia el patio. Allí, en la oscuridad, un hombre la espera. Ella se

refugia en sus brazos. El hombre la besa, la acaricia, le habla en voz baja, tranquilizándola.

XIX

El anciano salía a la puerta de su casa. Todo su delgado cuerpo vacilaba y temblaba. Apenas tenía fuerzas para dar un paso y otro y otro. Se agarraba con las manos a la pared y avanzaba lentísimamente. De sus labios salían lamentos y palabras, entre las cuales repetía aquel "¡Ay, Señor! " que nadie escuchaba.

La gente solía decir que el anciano Bernardo desvariaba y que ya no tenía conciencia de nada. Cogido a la pared, arrastraba, poco a poco, sus pies, como una salamandra sin fuerzas para mover la cola. Daba no sé qué verle de aquella manera, desatèndido de todos, lamentándose en una queja vaga y continua.

Los campesinos pasaban por su lado sin dirigirle siquiera la mirada. Había cometido un profundo error y ahora pagaba sus consecuencias. Aquel hombrecito desmadejado y vacilante, que salía, lleno de temblequeos, a la calle, repartió en vida sus bienes a los hijos y éstos le dijeron que irían a verle por su casa y que no tenía que preocuparse por nada. Pero las visitas fueron cada vez a

menos, hasta acabarse, y los pobres viejos empezaron a conocer el hambre, la miseria y la soledad.

La madre, que se sostenía en pie con mayor firmeza, optó por salir cada mañana y dirigirse a casa de alguna de sus hijas, dejando al viejo sin nada que comer, sin compañía de nadie, en mil penas y fatigas para realizar cualquiera de sus necesidades. A veces, el anciano se rebelaba contra su suerte y salía de la casa, dispuesto a marcharse para siempre de allí, pero aquel cuerpo desgobernado y sin hálito, ya no le servía siquiera para caminar y su boca se llenaba, como de una baba, de un murmurio de ayes y deprecaciones, en el que brotaban más de una blasfemia y de un angustiado clamor.

Su mente no devanaba ya las ideas, ninguna forma de claridad llegaba a su cerebro y todo era un vaho de deseos informes, de gritos y silencio, mezclándose a las raíces de antiguas palabras que ahora carecían de sentido. No acusaba a los hijos, ni tampoco a sí mismo, sino a Dios, a Dios, por consentir aquella ruina de su vida, aquel despiadado tormento que se prolongaba día tras día.

El joven sacerdote se acercaba hasta él, lo cogía del brazo, lo apoyaba en su cuerpo, para regresarlo a casa. Le hablaba con serenas razones y palabras, pero en los ojos del viejo ya no advertía luz de comprensión alguna y era como si un poco de agua se derramara entre las grietas de una roca. El joven sacerdote tenía ocasión de meditar junto a aquel misterio impresionante, ante el cual sólo se atrevía a murmurar un Padrenuestro.

La aldea, sin embargo, era considerada como un buen asilo para los viejos. Unas casas más allá vivía un hombre que vino a consumir sus últimos años de existen-

cia. Quería morir –decía a sus amigos– en el mismo lugar donde nació. Y no era porque este hombre diera en retraído ni amante de la quietud ni nada de eso, puesto que en su juventud fue un auténtico trotamundos. Sirvió en la marina mercante durante más de treinta años y conocía tierras y países diversos. Pudo haberse quedado en Buenos Aires, de mayordomo en casa de una marquesa; en Montevideo, asociado en un negocio de licores; pudo haber elegido otros muchos destinos, en las múltiples ocasiones que el azar le ofreció. De los coloridos países del trópico trajo chimpancés y cotorras y titíes, algunos de los cuales donó al Parque de Barcelona. Una vida errante y aventurera, en suma, de la que vino a recalar en aquel pueblecito que no llegaba a los mil habitantes, cuando advirtió los primeros síntomas del viaje final y definitivo. Y tenía hijas muy bien casadas, una en Madrid y otra en Barcelona. A todo el mundo enseñaba, con mano temblorosa, las fotos en color donde aparecían sus hijas sonriendo y sus nietecitos.

Apoyado en dos bastones, se iba, al atardecer, a la posada, a tomarse su cervecita y a jugar, con sus amigos, si la ocasión se presentaba, una porrita catalana.

XX

Los domingos por la mañana, en la plaza del pueblo, se ve animarse un improvisado mercado. En las aceras se han instalado dos puestos de calzado. Las muestras, sobre sus respectivas cajas, se alinean en el suelo. Los vendedores suelen venir de Sax o de Elda, con restos de saldos, en sus propias furgonetas.

Lo que más se vende es un tipo de calzado económico, que oscila entre los veinte y treinta duros el par. Las mujeres, en el verano, prefieren llevar el pie desnudo. Allí mismo se descalzan y prueban los pares, regateando una y otra vez el precio. Al fin, una de ellas dice:

—Voy por el dinero. Me las quedo.

En una esquina abre sus ventanas la pescatería. Sobre la masa verdosoplateada de un montón de sardina, dos o tres moscas se mueven en cortos, en rápidos vuelos. Una mosca azul, casi redonda, permanece quieta sobre una tripa sanguinolenta. Más adentro, en pequeñas najas, hay montones de gamba mediana, de calamares, de pulpos.

Una pareja de novios se ha llevado un cuarto de kilo de gamba, de la mejor y más limpia. Para pagar, el

hombre ha sacado un montón de billetes del bolsillo. Con una mano en la que sostiene encendido un cigarrillo rubio, escoge uno de cien.

Alrededor de dos camiones se han montado los puestos de verdura. Los tomates, a seis pesetas kilo, llevan camino de agotarse. No así los pimientos, las berenjenas, los melones. Las mujeres escogen los tomates y ellas mismas los van colocando en el peso. Naturalmente, todas se afanan y, ante las palabras de protesta del vendedor, quien dice —y con razón— que nadie se va a llevar las sobras, se deciden a formar una pequeña cola.

Hay hombres desocupados que forman corrillos en la acera. Se dedican a mirar a las mujeres, mientras se prueban las zapatillas, a comentar esto y lo otro, como sin ganas.

Se oye el segundo toque para la misa de diez. Las campanas invaden el aire de la plaza, dejan su metal vibrando en el sol. Bajan por las calles algunas mujeres con el velo sobre la cabeza. En la puerta de la iglesia, otros fieles dan chupadas a su cigarrillo, esperando el momento de entrar.

El sacerdote ha colocado un altavoz en lo alto de la fachada de la iglesia. Lo está probando y sus agrios chirridos sonoros hieren los tímpanos y el aire. Un campesino protesta en voz baja, diciendo que el ruido del altavoz y el tañido de las campanas no le dejan dormir. Todas las tardes, a la hora del rosario, el altavoz resuena y la palabra del joven sacerdote llega hasta los campos. Mientras las golondrinas vuelan sobre los rastrojos y los campesinos sujetan con hilas de esparto el encañado de las tomateras, el joven discípulo de Cristo habla de los

que dilapidan su dinero y su salud en comilonas y borracheras. La verdad es que estos hombres del campo, sobrios y sufridos, no gozan de comilonas ni de borracheras.

El joven sacerdote busca a los campesinos, charla con ellos, incluso se presenta a veces en la posada y toma parte en una partida de porra. La gente del pueblo lo trata con deferencia, en sonrisa y amistad, aunque esta amistad no sea la suficiente para traspasar el umbral del templo.

Los domingos, sin embargo, la misa se llena de fieles. En su mayoría son niños y muchachas y mujeres de edad. Van, también, los señoritos del pueblo, las autoridades y diez o doce hombres del campo, que se quitan la gorra, respetuosamente, al acercarse a la pila del agua bendita.

XXI

El sacerdote, luego de leer el Evangelio, tardó un poco en iniciar la plática. Abriendo las manos, dijo.

—Esta mañana, al ir a preparar unas cuartillas para la explicación de este evangelio, confieso que me he visto verdaderamente en un aprieto. Parece que estos versículos de San Mateo están de sobra en lo que atañe a la propia doctrina del Evangelio, hasta que suenan un poco a falso. Dice el Señor: "No os acongojéis por el cuidado de hallar que comer para sustentar vuestra vida o de dónde sacaréis vestidos para cubrir vuestro cuerpo". Hace el evangelista una comparación: "Contemplad los lirios del campo cómo crecen: no labran, ni tampoco hilan. Sin embargo, yo os digo que ni Salomón en medio de toda su gloria se vistió con tanto primor como uno de estos lirios". Puesto a meditar y visto el tema desde un punto humano, vemos que ocurre todo lo contrario. ¿Quién no piensa en el comer? ¿Y en el vestir? ¿Cómo comeremos? ¿Cómo vestiremos? Creo que, precisamente, éstas son las cosas en que la mayoría de los hombres piensan contínuamente. . .

La gente escuchaba al sacerdote, que pretendía ser sincero y sencillo ante ellos. Uno de los campesinos que escuchaban, pensó: "Esto es lo mismo que eso de *confía en la Virgen y no corras.* Y si te pilla el toro, ¿qué?" Juanita arreglaba la falda de su amiga, que se le subía de un lado, mostrando un poco el viso. Allá detrás, entre un grupo de hombres, se hallaba Gaspar. De vez en vez volvía sus ojos y se encontraba con los de él. Enrique estaba pensando en la jugada que ayer le costó cuarenta y ocho pesetas: "Si arranco de rey, en vez de echar la sota, las diez de últimas hubieran sido para mí". A Julio le dolían los pies. Tenía el dedo pulgar, a consecuencia del corte, grueso e hinchado como un tomate. Si duraba mucho la misa, no sabía cómo podría aguantar. Casimiro pensaba en que, sin falta alguna, había de ir mañana mismo a darle una mano de sulfato a los manzanos; de no ser así caerían todas las manzanas al suelo. El año pasado les sacó a los manzanos más de siete mil duros y no era cosa de dejarlo estar. Una muchacha rezaba, con la mirada inclinada al suelo: "Anoche, en el baile... ¡Señor, perdónadme!" Aniceto se apoyaba en una gruesa cayada y murmuraba: "Pues si se cree ese municipal que esta tarde también voy a sustituirle..." Una mujer, de rodillas. "¿Será cáncer? No lo creo; dicen que es un quiste maligno... o benigno... ya no me acuerdo de lo que dijo Marta. ¡Pobre amiga mía! ¡Señor, cúrala! "Otra mujer: "Mi marido se ha empeñado hoy en comer gazpachos, a pesar de que le he dicho no sé cuántas veces que no me gustan..."

—Oye, ¿sabes una cosa?

—¿Qué?

—Que la María Tacones y la Inés fueron al juzgado.

— ¿Por qué?

—La María Tacones dijo que no dejaba la casa y cuando la Inés empezó a gritarle y a decirle que tenía que irse de allí, la Tacones se sacó un zapato y empezó a darle de tacón en la frente. . .

—¿Sí?

—Ya lo creo, estuvo herida varios días, sin salir de su casa.

El señorito, un poco maduro ya, pero atildado y firme, no puede prestar mucha atención a la misa, porque la señorita Ascensión se le echa encima de una manera descarada. "No podré quitármela"— piensa.

El viejo y desdichado Antón escucha al sacerdote sílaba por sílaba. El viejo Antón está indignado. "¿Cómo se atreve este sacerdote a decir que este pasaje está de sobra en el Evangelio, estos versículos que son un canto poético, el más hermoso que se haya escrito, sobre la fe? ¿No dijo un Santo que ni siquiera la hojita de un árbol se movía sin la voluntad de Dios? Si un hombre cualquiera —supongamos un trabajador, con tres o cuatro hijos— tiene una fe absoluta en la providencia divina y sabe que no ha de faltarle un trocito de pan, ¿cómo un sacerdote, que vive solo y sin hijos y es una persona vocada al servicio de Quien esto dijo, se atreve a dudar de su providencia y se angustia o se preocupa por el comer y el vestir? Yo haría grabar en oro las palabras de este evangelio y las pondría en la fachada de cada iglesia, porque es el mensaje de Cristo más puro y explícito. Las riquezas, las riquezas —la bolsa de Londres, la de Nueva York—, los dólares, las libras esterlinas, los rublos; eso, eso. . . el lujo. . . para qué tanto aparato cuando Cristo iba tan sen-

cillo. . . eso. . . eso. . . el afán de riqueza, eso nos ha de traer la perdición del mundo. . ."

El sacerdote ha pasado a hablar de la carta de San Pablo a los Gálatas, del conflicto entre la carne y el espíritu; aquí está todo más claro. Habla de esta lucha en el corazón del hombre y de la primacía que ha de tener el espíritu sobre la carne.

El calor se acentúa en la nave del templo, donde no hay ni siquiera un ventilador. Un hombre se pasa un pañuelo por la calva y luego, ya plegado, por el cuello y el dorso de las manos. Las mujeres le dan al abanico y este mariposeo y el débil ruido de los varillajes abiertos y cerrados acompañan al sacerdote al centro de altar.

Empieza a rezarse, en común, el Credo.

XXII

Le dolía terriblemente la cabeza. El hombre se sentó al borde de la cama. ¿Volvía a ser todo como en un principio? ¿Por qué no podía beberse unos vasos de vino? El vino fue siempre su negra condenación. La verdad era que se bebió más de un litro. Las piernas le temblaban al ponerse en pie. No se sentía muy seguro. Aquella mujer tuvo la culpa; aquella mujer hermosa, rubia, que no supo darle ni siquiera un hijo. Era como un trozo de playa, dorada y estéril; hasta tenía el corazón de arena. Cualquier hombre podía sentir la tentación de tenderse sobre ella. Allí se apagaban todas las voces, todos los rumores. Era dura y fría y suave, muy suave, al tacto.

Jamás supo cómo empezó todo aquello. La odiaba por ser hermosa y estéril, porque siempre estaba pidiéndole dinero. Precisamente cuando sus asuntos iban de mal en peor y su amigo Claudio empezó a negarle los préstamos. "Mira, ven con tu mujer a la fiesta y allí hablaremos de estas cosas".

Las fiestas, ya se sabe, son saludos y licor y mujeres. Luisa se ponía su mejor vestido, el más descotado,

aquel vestido de lamé plateado que se le ceñía al cuerpo como la piel de una serpiente. Cuando ya estaban todos medio borrachos, Claudio lo llamaba aparte y le ponía en la mano algunos billetes. "Que sea la última vez"— le decía. Siempre que sonreía mostraba, en la encía de arriba, aquel diente de oro. Luego se iba a bailar con Luisa. Ella, desde lejos, le dedicaba una sonrisa.

Julio se quedaba casi siempre solo, junto a la botella y al vaso, pero ya, con el dinero en el bolsillo, le importaba un bledo todo cuanto ocurriera.

Un día despertó en casa de María, la mujer de Claudio. María le tenía preparada una taza de café y le dijo que anoche lo pasaron de lo más divertido. Llevaba puesta una bata de cama y, al sentarse, entre los encajes azules, él vio una larga pierna desnuda. Se pasó las manos por la cabeza, por el pelo alborotado y húmedo.

—Si quieres tomar un baño. . .— dijo ella.

—No, no.

Fueron varios procesos los que se desarrollaron al mismo tiempo y que, sin duda alguna, se relacionaban entre sí, aunque resultara difícil determinar cuál era consecuencia del otro: su decadencia y ruina, su progresiva alcoholización, el distanciamiento y odio hacia Luisa, las infidelidades de ésta. . . Luisa empezó por decir: "Soy como una chica soltera; ya me he hecho el ánimo. . . " "Tengo un marido que no me sirve para nada. . ." ¡La hija de una tendera! El hombre recordaba cómo, de un ambiente vulgar y casi mísero, aquella ambiciosa y atrevida jovencita se convirtió en una mujer de mundo. El fue su primera víctima. Entonces Julio era el señorito de

la calle, el estudiante impecablemente vestido, que la llevaba a todas partes. Ella se deslumbraba fácilmente ante toda ostentación, ante toda apariencia de lujo. Luisa se fue aprovechando de las relaciones de su marido y empezó a vivir las inquietantes aventuras y desventuras de una erotómana, porque eso era, en realidad, una erotómana exacerbada por la terrible imposibilidad de tener hijos. Cuantos médicos la vieron dijeron lo mismo. Era y seguiría siendo siempre estéril.

Cada día se arreglaba más; pasaba horas y horas ante el espejo, pintándose las cejas, los labios, poniéndose crema en sus mejillas pálidas. En el fondo de aquel rostro lleno de ansia, sólo tenían vida —una vida alucinada y misteriosa— sus grandes ojos negros. Contoneaba su cuerpo, vigilaba el avance de la grasa. Su obsesión era la ropa interior, que compraba siempre atractiva e insinuante. De vez en cuando, miraba su relojito pulsera. Julio estaba ya deseando que se fuera, aunque lo engañara, aunque le mintiera descaradamente. Apenas se oía el golpe de la puerta, al cerrarse, Julio buscaba la botella escondida y empezaba la gran borrachera, la gran borrachera en la cual, durante varios días, perdía toda conciencia de la realidad. En cierta ocasión, no teniendo nada que beber y con el demonio de la sed en la garganta, probó a beber agua de colonia. Se hallaba verdaderamente mal de salud; no comía, no dormía. . . Una madrugada, al abrir sus ojos y ver que su mujer acababa de llegar de una de sus correrías, con el rostro aún radiante de cansancio y felicidad, cogió unas tijeras y avanzó hacia ella, dispuesto a matarla. Un traspiés la salvó, dándole tiempo a salir de la habitación y cerrar con llave.

Dos días más tarde, el hombre fue internado en un sanatorio siquiátrico. Nunca más volvió a ver a su esposa. Hacía de esto más de ocho años.

XXIII

El cazador tiene los brazos largos, sarmentosos y duros. El cazador permanece sentado casi todo el día debajo de los olmos, oyendo –si acaso llega a sus oídos– el rumor perenne de las hojas que agita el viento.

El cazador, con sus setenta y tantos años a la espalda, medio ciego y medio sordo, recuerda los años de su mocedad. Ya tiene los hijos casados. Ahora vive en casa de una hija. Pero la mayor parte del día se refugia en la sombra de los olmos.

Alguna mala lengua lo acusa en el pueblo de haber sido cazador de choza y reverdín, de los que esperan que la perdiz vaya a la hierba. También lo acusan de haber usado el hurón en múltiples ocasiones. El buen cazador –según estas malas lenguas– se va al monte y caza por cazar, no para sacar dinero de las piezas cobradas.

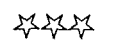
¡Qué sabrán ellos de la caza! El viejo cazador, no hace mucho tiempo, con lo que le queda del ojo sano– un pequeño atisbo de luz– disparó y mató a una zorra y a su cría. ¡Y cuántas liebres y conejos y perdices ha ma-

tado en esta vida! Podrían contarse por centenares y aún por miles. Más de dos mil perdices lleva cazadas, de seguro.

Pero ocurre que los viejos, ya inútiles, como él, en los pueblecitos donde todos se conocen, no son más que objeto de vayas y de bromas, cuando no de envidias. Por eso él prefiere no ir al bar, no ir a la posada. Todo el verano lo pasa sentado a la sombra de los olmos.

—¡Tomás! — saluda algún pastor que pasa, llevando su ganado.

El responde sólo alzando el sarmentoso brazo que empuña la cayada. Dirige sus ojos al rebaño y apenas ve las manchas negras de las cabras, el polvo, la masa blanquecina y borrosa de las ovejas.



Tonono le hace compañía. Tonono tiene los párpados gruesos, la cara un poco hinchada. A pesar de su buen humor habitual, Tomás conoce el día en que le va la procesión por dentro (ha tenido algún disgusto y no quiere mentarlo siquiera). El que la vida de un viejo dependa de los otros, de nueras y de yernos, de sobrinos, de hijos y nietos, es cosa complicada, que tiene sus más y sus menos. Cuando no se tercian asuntos de dinero e interés, lo hacen el regomello y la falsía y siempre ha de callarse el viejo, tenga o no razón. Le queda un rezongar adentro, un deseo de morirse, de abandonar la casa para siempre. Pero luego, en el acostumbrado diálogo con el amigo, encuentra una palabra que lo consuela y lo conforma, un detalle que lo anima. El hombre y la tierra acaban por unirse en el silencio, en la costumbre. Paciencia y adelante.

Vienen los gitanos con voces y bríos y dirigen el seco jamelgo hacia la sombra de los árboles. Allí el hombre lo ata y desenjalma y echa unos sacos al suelo, aviándolo todo en un amén. Es un hombre de unos cuarenta años, musculoso y fuerte, de pelo abundoso y negro y recio bigote. Va desnudo de cintura arriba y sus movimientos ágiles y nerviosos dibujan rápidas contracciones en sus músculos. Lo prepara, lo dispone todo. Luego, coge una falce y un saco y se dirige a los viejos. Tiene un rostro duro e inexpresivo, donde destaca su mirada, fría e indiferente.

—Vamos a buscar una *miaja* de hierba— dice, a guisa de saludo.

Y atraviesa la carretera y se interna en unos huertos próximos.

—No se puede discutir con un tipo así, que lleva una hoz en la mano— dice Tonono—. Es peligroso.

—Vaya, así es— asienta su amigo.

Mientras, la mujer y un mozuelo, de unos doce años, van a lo suyo. El amarillo, el rojo, el verde, son los colores de las ropas que llevan. Qué gente más alegre y sucia. Descalzos, medio rotos, la piel ennegrecida de polvo... La gitana, con una flor en el pelo, vivaz y aguda, se les acerca, mordisqueando una manzana.

—Oiga, esa agua, ¿es buena para beber?

—Claro que es buena, mujer— le responde Tomás.

—¿Que si es buena? —murmura Tonono; y añade, por lo bajo —Me c... en su padre.

La mujer, la falda roja bandeándole de un lado a otro sobre sus pies descalzos, se dirige a la boca del con-

ducto que lleva el agua a la balsa y a los abrevaderos. El muchacho la sigue.

—Conozco a esta gente— dice Tonono— y, por eso que los conozco, lo digo. La gitana, preguntando si el agua es buena. . . ¡Si serán marranos! Hace unos años se nos murió un cerdo; se puso malo y no hubo manera de curarlo, así que lo enterramos. Pues, no sé de qué modo se enteró el tiparraco ese —ese mismo gitano— que me vino, acompañado del Eustaquio.

"—Quiere hablarte— me dijo Eustaquio.

" —Está bien— le dije— Que hable.

"El gitano me llevó a un aparte y empezó con sus mieles y súplicas para que le dijese dónde enterramos el chino; como yo me negara, insistió y llegó a ofrecerme cinco duros. No se lo dije, claro, ni por cinco ni por veinte duros. El pobre chino ya estaría bien podrido. . . ."

La gitana, con agosto y sol encima, lleva media espalda al aire —media espalda morena, curva, todavía tersa. El chicuelo tira piedras a las ranas, desde el borde de la balsa.

Vida dispersa y bravía la de esta gente, que duerme bajo un árbol, bajo un puente, hijos del sol y de las moscas. Todo en ellos es primitivo, brusco y agresivo. Todo menos esos momentos de luna y soledad en que sus cabellos se unen y respiran el mismo aliento agitado, como las hierbas que besa el viento o la tierra estremecida por el pulso íntimo del agua. Vida aparte del mundo, de unos seres que se defienden a salto de mata de una clase de destrucción desconocida.

XXIV

Pedro está cansado y aburrido. Otra vez el estómago. Le quedan tan solo dos días para la marcha y está decidido a enfrentarse con Salvador. Anoche jugó varias partidas de dominó con unos amigos. Bebió y fumó más de la cuenta. Y ahora, otra vez, aquel dolor de estómago.

El calor del verano lo mata. El sol parece que rebota en las piedras, en los muros de las casas y lo envuelve todo en un resplandor pegajoso. Allí, sentado en su propia habitación y en camiseta, se halla sudando. Si abre la ventana y la puerta del cuarto, corre un poco de aire, pero al momento se oyen portazos abajo, en el patio de la posada.

Todavía no ha pedido la cuenta, pero no cree que sean más de cien pesetas diarias. Afortunadamente, tiene dinero de sobra. Para impresionarla, enseñó a María un taco de billetes que casi no le cabía en la mano. Ella le dijo: "Déjame contarlos". Y, mientras lo hacía, él la abrazaba y la besaba detrás de las orejas, en el cuello. La quería. Por puro respeto y por hacer las cosas bien, no quiso entrar con ella en la habitación. Se amaban, sin embargo.

En sus caricias había algo de esposos, de seres que se entregan confiadamente el uno al otro, de hombre y mujer que se comprenden y se sienten íntimos y felices. Pero Pedro se había empeñado en llevar las cosas como Dios manda. Quería, al hablar con Salvador, poder mirarle a la cara, frente a frente, sin sentir en sí sombra de culpa alguna. El destino era el destino. Emilia, sin sospecharlo siquiera, sólo sirvió para aproximarles, para descubrir con cuánta fuerza se podían amar. El tiempo en que María estuvo en Frontignan existió como una prueba y como un doloroso secreto.

Encendió un cigarrillo. El no tenía grandes modales ni facilidad de palabra, pero algo aprendió en aquellos duros años de lucha, sobre todo en el trato con su ama, una señora de sesenta años, fina y educada. Hablaría con Salvador de la mejor manera, procurando plantearle la cuestión de un modo sencillo y al mismo tiempo convincente. Sus intenciones eran buenas y no tenía por qué dudar nadie de ellas.

Pasaba por la calle un hombre empujando una carretilla, cuya rueda chirriaba. De vez en cuando, una ráfaga de aire levantaba los visillos de la ventana, pero el calor seguía siendo sofocante.

Sólo había tomado, en ayunas, un vaso de leche. Gracias a eso, el estómago ya no le dolía tanto. Aquella misma noche hablaría con Salvador; estaba decidido. No podía soportar más tiempo la miseria de la aldea. En su casa tenía frigorífico, televisor, cuarto de baño, una serie de comodidades que, junto a su *Dauphine* color azul claro —un coche casi nuevo—, le hacían sentirse otro hombre y como tal era considerado por quienes le trataban.

Por su parte, María había quedado en ir convenciendo a su hermano, haciéndole ver su obstinación y su error. Si ella lo quería y lo que ocurrió con Emilia no fue más que una pura desgracia, de la cual no podía hacerse responsable a nadie, ¿cómo podría oponerse y con qué razones a su propia felicidad?

Pedro confiaba en que todo terminaría bien y empezó a sentirse alegre y satisfecho, pensando en el hermoso porvenir que le esperaba.

Por hacer tiempo, bajó al bar. El cartero había salido a repartir la correspondencia y un hijo suyo, de unos dieciséis años, atendía la barra. Deslizaba una bayeta amarilla y húmeda por el mármol. Tío Jacinto se hallaba sentado junto a una mesa y bebía, de vez en cuando, un trago de absenta. Lo invitó a tomar algo y Pedro, por no hacerle un desaire, pidió una cerveza. Se sentó a su lado.

—¿Encontró el cepo?

—Ni al cepo ni a la zorra.

—Ha de llevarse un perro.

—No hace falta. Le dije a un pastor que llevara el rebaño por allí. Los animales lo huelen en seguida.

Guardaron silencio unos instantes. Tío Jacinto quería decirle algo, pero antes de que hablara, Pedro se le adelantó.

—Esta noche hablaré con él.

—¿No sabe que tú te has visto con ella?

—Creo que no.

—Lleva mucho cuidado. Tiene un pronto peligroso. Tú procura no discutir con él, no le lleves la contraria.

El joven camarero dejó sobre la mesa una botella y un vaso y preguntó si quería algo de tapa.

—No. Es por el estómago— dijo Pedro.

—Esta noche estará en su casa. María ha hablado con él. El otro día le tiré yo unas buenas indirectas.

—¿Y qué dijo?

—¡Trae otra absentica! Una sola me sienta mal. ¿Qué? No, dijo que no quería verte por allí.

—¡Qué tipo tan tozudo!

—Yo seguí con rodeos, porque le conozco bien. Por eso le invité y tomamos bastantes copas. Al final me dijo que bueno, que hablaría contigo.

—Estupendo.

—No te fíes mucho del Salvador. A lo mejor ya se le ha pasado el alcohol. Tú, de todas formas, no discutas con él, no le contradigas.

—No pienso discutir con él, pero sí hablarle claramente. Al fin y al cabo. . .

—Pon ahí la absentica. Trae unos caracolitos o algo. . . Bueno, pero no te confíes.

Esperó a que el camarero se hubiese marchado y luego continuó.

—Tú lleva mucho cuidado y dile cuanto quieras, pero no lo contradigas, no discutas con él.

XXV

Son muchos los que afirman que el pueblo se mantiene como se mantiene por las obras del canal. Estas obras, que durarán todavía un año o dos, sostienen a unas veinte familias de trabajadores. De éstos, algunos han llegado de otros sitios, trayendo consigo a la familia.

Los sábados al mediodía y en una mesa del bar, se improvisa la oficina de pagos. El encargado de las obras, un hombre joven y dinámico, se fuma un puro sentado ante una mesa. Tiene allí mismo, a su derecha, un montón de dinero y un grueso talonario de recibos ya preparados. Conforme llegan los obreros y toman asiento en las sillas del bar, los va llamando, uno a uno.

—José Picó Taza.

Se acerca un hombre de cabeza plana, ojos grises y redondos, sin expresión alguna, que lleva sobre los hombros un chaleco polvoriento. El encargado adelanta el recibo y le ofrece un bolígrafo, para que firme. Una vez hecho esto —parsimoniosa, dificultosamente— el encargado cuenta el dinero y se lo entrega. Sin decir nada, Jo-

sé Picó Taza lo toma y se marcha, volviéndolo a contar con lentitud.

Uno de los obreros tiene la mano derecha vendada. Una gruesa piedra, que le cayó encima, le aplastó dos dedos. Sus compañeros le preguntan cómo le va la cosa. Uno de ellos vuelve a relatar de nuevo cómo vio caer la piedra y le avisó con un grito, gracias al cual pudo esquivarla, aunque al caer al suelo y apoyarse con las manos, la piedra le cayó encima de una de ellas. Así que, dentro de la desgracia, podía darse por contento al salvar su vida.

El obrero del accidente, que va limpio y afeitado, muestra su rostro sonriente y satisfecho. Dice a sus compañeros que todavía le quedan dos puntos abiertos, pero que, posiblemente, en el plazo de una semana, volverá al trabajo.

Los hombres que esperan ofrecen una actitud, más que respetuosa, llena de temor, como si el acto de ser llamados a la mesa para recibir su paga fuese algo vergonzoso. La mayoría están de polvo hasta las cejas, lo que indica que han venido directamente de las obras, sin detenerse. Algunos jóvenes se han dado un rápido chapuzón en una acequia y muestran sus caras limpias y el pelo mojado.

Un hombre viejo ha colocado un cigarrillo en sus labios y saca, lentamente, de un bolsillo del chaleco, un largo encendedor de mecha. Ya es hora de saborear el cigarrillo, mientras espera que le llamen. En verdad que el sábado es un buen día de la semana, sobre todo desde el momento en que el dinero llega a sus manos. La mujer y los hijos ya le esperan en casa. Ese día el obrero come, aunque un poco tarde, con los suyos y en la mesa.

—Nicolás Pombero Hernández.

La paga que reciben estos hombres oscila entre las mil cuarenta y las mil trescientas pesetas a la semana. Con este dinero se muestran felices y contentos y ruegan a Dios que no se terminen nunca las obras del canal. Muchos de ellos han decidido —cuando las obras acaben— seguir al encargado adonde éste vaya, confiando en que les dará siempre ocupación como hasta ahora.

XXVI

—¿Por qué no viene a merendar una tarde con nosotras? —le había dicho la viuda vestida de negro— Mejor, una tarde de domingo. . .

Una tarde de domingo. Aquella mujer vestida siempre de negro, ¿en qué pensaba? ¿No tenía temor a las habladurías del pueblo? ¿Acaso ignoraba que era un hombre casado?

Luego del chubasco, el aire quedó más claro que nunca, el sol brillaba en las hierbas y en las hojas húmedas, unas nubes blancas viajaban, insensiblemente, por el espacio. . .

En realidad, todo lo que estaba sucediendo era absurdo. En medio del campo, una tarde de domingo en que los pájaros pían hasta la embriaguez y suena, lejos, un hierro golpeado y todo está definitivamente solo, dos personas desgraciadas que no saben qué hacer de sus propias vidas. . .

La tullida seguía llamándole "don Julio", a él, que ni era don, que ni era un hombre, que apenas conseguía parecer la sombra de algún ser irrisorio.

La verdad fue que aquella tarde de domingo el hombre acudió a la cita como a un último y tranquilizador refugio. Llevaba un papel arrugado en su bolsillo. Un papel que había leído un sinnúmero de veces, un papel que constituía su liberación y su condena.

La muchacha, Amparo de nombre y tan desamparada, tan hermosa ella:

—Venga, no se olvide— le había rogado.

El papel arrugado era una carta de su viejo prestamista Claudio. Le escribía: "Creo que cumplo un deber de amigo al comunicártelo. . ." Lo que le comunicaba era que Luisa, su mujer, había muerto. Uno de tantos accidentes que cubren de sangre las ardientes carreteras del verano. A lo mejor, en una juerga, bebiendo, quién sabe. . . O en la cama de algún conocido.

Julio iba con el ánimo de decirlo todo, de confesárselo todo, pero la viuda, la mujer sencilla y vestida de negro —con gran sorpresa por parte suya— se hallaba ausente. Amparito, con la alegría y la turbación en su rostro — ¿no conocería ya la noticia todo el pueblo? — lo esperaba inmóvil, junto a la ventana abierta a la claridad del campo.

XXVII

Al aproximarse la hora convenida, Pedro se dirigió a la calle donde vivía Salvador, que era una de las últimas del pueblo. Las paredes traseras de las casas, con largos haces de caña sobresaliendo de las bardas, daban al campo. Un foco de luz colgando de un cable prestaba apenas un corto resplandor y en él se veían aletear de un lado para otro los insectos.

Pedro caminaba tranquilo, con las manos en los bolsillos, en sus labios un cigarrillo ardiendo. Pensaba que, con la intercesión de tío Jacinto y de la propia María, tan interesada como él en el asunto, ya estaría todo resuelto. De pronto, dio un traspiés y vaciló, cuando vio salir a un hombre de la oscuridad y dirigirse a su encuentro.

Era Salvador. Lo conoció en seguida.

—Buenas noches. . . Quería hablar contigo— dijo, con un hilo de voz ronca.

Salvador dudó en contestar unos instantes. Se echó la gorrilla atrás, se ciñó con un movimiento de manos la faja.

—No hará falta que vayamos a casa —repuso— Es mejor que este asunto lo arreglemos entre los dos, aquí mismo, ¿no te parece?

—Como quieras. . .—Pedro palideció— ¿Te dijo algo María?

—Escucha, Pedro. Te dije una vez que no pusieras los pies en mi casa, ¿te acuerdas?

—Sí me acuerdo, pero. . .

—Ni pero ni nada. Lo mejor sería que te marcharas mañana mismo del pueblo.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué te hice de malo?

—No, no se trata de eso. Se trata de que quiero que te vayas del pueblo. . . Te buscas por allá una mujer que te convenga y todo arreglado. Ya ves que te estoy hablando con buenas maneras.

Una ola de sangre iba subiendo al rostro de Pedro.

—Escúchame. Es que yo quiero, honradamente, a tu hermana. . . Tío Jacinto ya te hablaría, supongo. . . Quiero casarme con ella. . .

Al oir el nombre de tío Jacinto el hombretón dio un bufido, se sacó la gorrilla y empezó a apretujarla entre sus manos.

—Mira, Pedro, no me confundas, por lo que más quieras. . . Ya ves que te estoy hablando de bien a bien. . .

—No te pongas así. . . Aunque esté feo decirlo, tengo una buena situación. . .

—Te digo que te estoy hablando de bien a bien y no me confundas. . . Déjalo ya y vámonos. Te invito a una cerveza. Mañana mismo te vas del pueblo y aquí no ha pasado nada.

—Siento decirte que no. No me puedes obligar a irme del pueblo.

—Cuando digo que te la estás buscando. . . Vámonos te digo, muchacho.

—No pienso dar un paso sin dejar esto arreglado. Soy un hombre, ¿comprendes?

La manaza de Salvador se cerró sobre el cuello de su camisa.

—Vámonos, te digo. . .

Pedro se desprendió del ahogo, en un gesto brusco.

—Conviene que dejemos las cosas bien claras . . . Quiero que hablemos en tu casa.

Salvador comenzaba a perder los estribos. Lo volvió a coger del cuello de la camisa, con los ojos inyectados de ira y le dio un fuerte empujón. Pedro se vio obligado a defenderse. En un momento se inició una lucha sorda y breve. Los puños de Salvador, como dos terribles mazas, cayeron sobre su rostro y su estómago repetidas veces.

☆☆☆

En el callejón en sombra, quedó un hombre ovillado en el suelo. Nadie se dio cuenta de lo ocurrido. Instantes después, se abrió una puerta y una mujer, luego de mirar arriba y abajo, se dirigió adonde el hombre yacía.

Pedro exhalaba un doloroso gemido.

—¿Por qué reñísteis?

María pasó la mano por su frente, por su rostro. Notó, en la comisura de los labios, el contacto viscoso y cálido de la sangre. El joven intentó incorporarse.

—No me dejó llegar hasta tu casa. . .

—Levántate. Haz un esfuerzo.

Pedro, quejándose del estómago, se alzó. Con ayuda de María pudo dar unos pasos.

—Vamos— dijo ella.

Le lavó las heridas. Pedro fue recobrando la noción completa de la realidad. Se hallaba muellemente tendido en la cama, en la propia habitación de María, pero ya no sentía miedo por nada de lo que pudiera ocurrir. María mostraba una fría y extraña decisión ante los hechos. El silencio de la noche, en algunos momentos, era tan profundo que se podía oir el tictac del reloj de la cocina.

—¿Cómo te encuentras?

El hombre cogió sus manos y la atrajo hacia sí.

—Ven— le dijo— Déjame que te bese.

Se unieron sus bocas en un beso apretado, nervioso. El notaba el corazón de la muchacha y la carne desnuda en su propio pecho. La rodeó con sus brazos y la tendió junto a sí.

—¿Tienes miedo?

—No.

En sus pupilas no se leía más que un amor encendido. No opuso ninguna resistencia. Como en muda venganza de la afrenta recibida, una fuerza más poderosa y ciega que ellos mismos, los fue uniendo hasta la caricia última.

Antes de despedirse, hablaron unos minutos en voz baja.

—No te preocupes por nada —dijo María— Vete, vete.

El volvió a besarla.

—Escribiré a tío Jacinto y te pondré unas letras para ti. Todo se arreglará en seguida.

—Seré siempre tuya. Pero vete, vete ahora.

XXVIII

Poco más de la madrugada, un *Dauphine* color azul claro sale por la carretera del pueblo. El primer sol de la mañana se tiende en los campos, sobre los huertos de maíz y de alfalfa. Pasa un pájaro, en raudo y silencioso aleteo. El tejedor de anea, sentado en el suelo, ha levantado sus ojos fríos para verlo pasar.

La aldea va quedando atrás, perdida en el paisaje. Su recuerdo se detiene en María, en la fragancia de su cuerpo, en aquella desnudez capaz de borrarlo todo en su esplendor. . . Aquel ser vencido en sus brazos, solamente suyo. "He sido muy feliz"— le dijo, en un susurro. El también lo había sido y tanto que su felicidad escapa a todo símbolo, a toda palabra. Sólo sabe que toda su vida es ella y aquel maravilloso descubrimiento de su ser. Piel de mañana que nace, de claridad en el tiempo. Todo lo que le rodea es ahora ella misma, raíz, savia y fuego, luminoso resplandor del aire, cabellos que se tienden en la tierra. . .

Lo que había que hacer ya está hecho y ya nada podrá separarlos. Por fin, puede decirse que ha vencido— y

no precisamente él, sino algo superior a la quietud, a la modorra del pueblo. María parecía triunfante y limpia, como después de un baño que regenerara todos los poros de su piel. También ella ha sentido, por vez primera, el pulso de otra vida distinta, más allá de las bardas que caen, del polvo y del estiércol, de las piedras y de los barrancos secos, de todo lo que significa un tiempo antiguo y muerto.

En el bar de Alfonso se comentará hoy que Pedro se ha marchado de nuevo a Francia, que don Julio —se da crédito a una absurda historia, según la cual la viuda tuvo que hacer un viaje a Madrid— se ha ido despidiendo de las clases, que va a venir un día de éstos una sobrina del sacerdote para atenderlo... Al mediodía, sin embargo, ha ocurrido un hecho excepcional. En un Seat nuevo, elegante, en cuyo techo van sujetas dos bicicletas, han llegado al pueblo Troche y Asensi. Han venido en busca de Faelo, para marchar a Tarrasa, donde van a celebrarse unos campeonatos nacionales de ciclismo para aficionados. La ocasión es importante para estos jóvenes. Allí recibirán un buen entrenamiento y delegados de la Federación observarán sus facultades. Pueden surgir muchas cosas buenas, un contrato, un triunfo sensacional que ocupe las primeras páginas de la prensa. La ocasión es realmente única y los dos corredores —que son sus amigos— han venido para advertir a Faelo que a las tres de la tarde pasarán a recogerlo.

El tesorero de la Peña ha sido llamado urgentemente, extendiéndose un recibo de mil pesetas a favor del muchacho, en concepto de ayuda para sus gastos. El recibo se halla sólo falto de la firma del interesado y el tesorero lleva las mil pesetas preparadas en el bolsillo. Sin

embargo, nadie sabe, exactamente, lo ocurrido. Al mediodía, Troche y Asensi se han marchado, disgustados. Unos aseguran que han reñido con Faelo, tras unas palabras fuertes en las que se han dicho más de lo que querían. Los padres de Faelo se han opuesto, asegurando que lo que les hace falta para seguir viviendo es un jornal y no un saber o no saber si el chico aprovecha para el ciclismo. "Puede marcharse si quiere –ha dicho su padre–, pero que no cuente con que hemos de mantenerle toda la vida".

Alguien afirma en el bar que la culpa es de la novia y no de los padres. La novia ha ido persuadiendo al muchacho para que deje el ciclismo, diciéndole que es una tontería (total, para qué, para acabar estrellándote un día contra un árbol. . .)

Lo cierto es que Faelo, la esperanza del pueblo, no ha querido marcharse y que los dirigentes de la Peña están desconcertados, porque opinan que, en modo alguno, debe rechazar la primera seria oportunidad que se le ofrece.

–Ese chico está loco. La ocasión sólo se presenta una vez y hay que cogerla por los pelos.

–Se arrepentirá toda la vida.

Dos de los dirigentes han vuelto a casa de Faelo, pero la negativa del joven ha sido rotunda.

–Allá él– comenta un joven rubio, bebiendo una cerveza.

–Tú no lo sentirás, pero yo sí– intercede, acaloradamente, otro–, porque me gusta el ciclismo y en el pueblo no hemos tenido a nadie con tantas facultades como él.

—Y la Peña, ¿para qué?

—Hasta lo menos siete u ocho años no saldrá otro corredor como él.

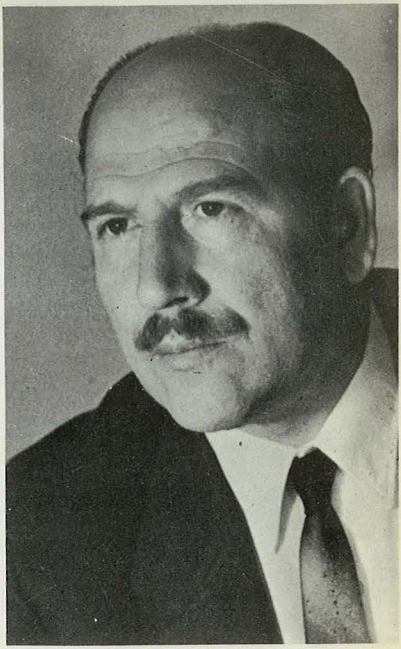
—¡Con el dinero que se le ha dado!

—No tiene experiencia de la vida. . . ¡Un jornal! Leche, yo soy un pobre y he dado mi jornal ya dos o tres veces para que pudiera correr. . .

—Había una ilusión en el pueblo. Ahora. . .

—¡Y con las mil pesetas en la mano!

Alfonso, el dueño del bar, que los está oyendo hablar, con los ojos entrecerrados, destapa un botellín de cerveza y se lo lleva a los labios.



RAFAEL AZUAR

Nace en Elche (Alicante), en 1921. Cultiva la novela, la poesía y el ensayo. Entre sus obras más importantes, pueden destacarse: POEMAS (Tarragona, 1950); TERESA FERRER (Col. La Novela del Sábado, Madrid, 1954); LA LUCHA ELEMENTAL (Alicante, 1955); LOS ZARZALES (Valencia, 1959); LLANURAS DEL JUCAR (Madrid, 1965); EL DIALOGO Y LOS PERSONAJES EN LA NOVELA (Alicante, 1970).

Con la novela que hoy damos a conocer, MODORRA, ganó el Premio Café Gijón en 1967. MODORRA puede considerarse como una pequeña obra maestra dentro de la literatura catalana—valenciana, siguiendo la línea de los relatos cortos de José Pla. La depurada calidad de la prosa y la manera peculiar de concebir el tema, hacen de Rafael Azuar uno de los autores más interesantes de nuestra hora actual.

Precio: 60 ptas.